

Poemas y Narraciones

No. V



Dora González Cortina

PQ 78
.17
.05
P65
200
C. 2

298

3

Dora González Cortina publicó su primera narración en la revista **Reforma** de la Preparatoria No.3 de la U.A.N.L. hace varios años, y desde entonces, la Preparatoria No.7, su casa, le ha publicado algunos textos literarios como: **Poemas y Narraciones** (del I al IV) y otros con una fuerte acentuación pedagógica como: **Compre este libro y llévese seis** y **La enseñanza activa: el reto de hoy para docentes**. También ha publicado poemas, cuentos y ensayos en diversos espacios universitarios como **Reforma, Polifonía, Nueva Perspectiva** y en el **Anuario Humanitas**, sus más recientes obras son: **A mi madre y Volver a Pellicer**.



1020149454



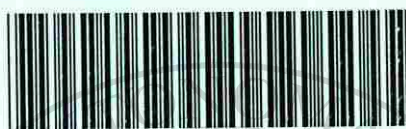
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



m



1020149454



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



m

PQ7298

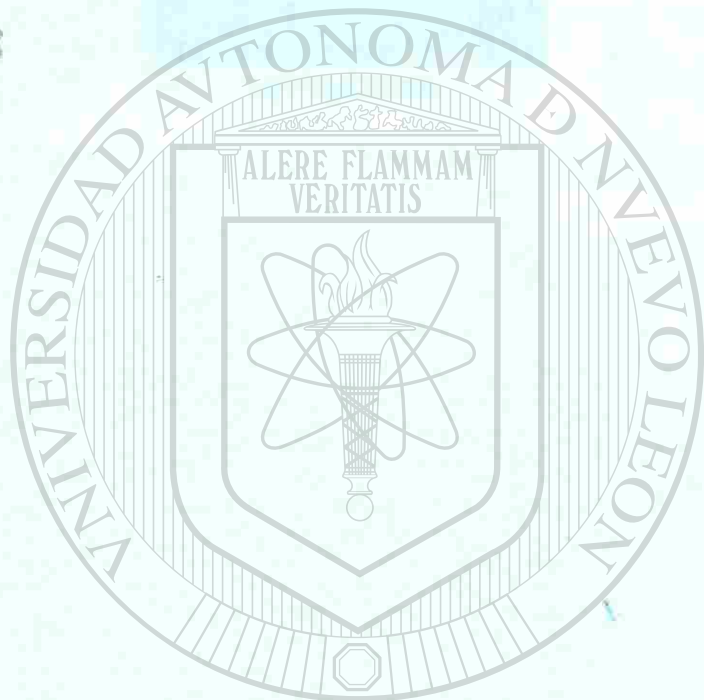
.L7

.O5

P65

2003

2.2



31-11-04 J.N.

INDICE

Metamorfosis	7
Cuando quieras	8
Si fueras tú	9
Tú y yo	
La unidad	10
Ayer y hoy	12
Dísticos	13
Qué te parece	14
Ingrato amor	15
De cuatro en cuatro	16
Señora Mía	19
Resurgir	20
Tu recuerdo	21
Desprendimiento	22



Tercetillos	23
Seguir	26
Ausencia	27
Tu nombre	28
Nuestros nombres	29
Decisión	30
Te extraño madre	31
Encuentro	32
Sin nada	33
Apariencias	34
Brindis	35
Abrázame	36
Evolución	37
Aléjate	38
NARRACIONES	
La confesión	40
El perdón	47

El río	55
Tal vez	59
Susana	67
El despertar	76
Víctima o verdugo	81
El patio	87
Paulina	93
La pensión	96
Perdóname la vida	97
Sábado de maldad	102
La caminata	107

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



METAMORFOSÍS

La que veló tus desvelos
la que soportó tus enojos
ésa fui yo.

La que esperó cada mañana
dos o una palabra amable
ésa fui yo.

La que calmó tus abruptos
y te contó buenos cuentos
ésa fui yo.

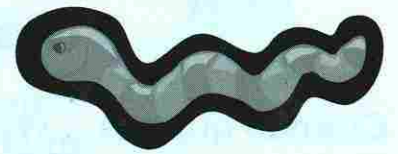
La que calló por no herirte
respondiendo a tus arranques
ésa fui yo.

La que supo complacerte
cuando tú solicitaste
ésa fui yo.

La que aprendió a ser sumisa
para conservarte cerca
ésa fui yo.

La que curó tus heridas
que otros te destinaron
ésa fui yo.

La que hoy super cansada
te dice adiós para siempre
ésa soy yo.



Amigo, friend, amico, ami...

Mes: febrero, february, fevrier...

Inicio ligero que requiere tiempo,

Sinceridad y frecuencia que van de la mano

Todos tenemos tan pocos amigos, que

A veces perdemos por crueles motivos

Deseando encontrarlos entonces vivimos.



Cuando quieras...

Cuando quieras... ven, me dijiste un día
yo era tan pequeña que la inocencia
subió a mis mejillas volviéndolas rojas;
pasó mucho tiempo desde aquel día azul
en que el sol quemaba con rayos impíos
y resulta entonces, tropiezo contigo
veo cuanto te lastimó el tiempo

tú me ves alegre, tan llena de vida
y me dices triste con voz implorante:

- Por qué no veniste, cuando te llamé.

- Era yo muy niña, de mí no sabía
qué es lo que querías.

Confesé ofuscada, con algo de miedo
mas te retiraste con andar altivo

pues mi juventud pareció ofensiva,
y entonces te dije, con tono algo airado:

Cuando quieras.... vete. Y de esa manera
cobré la actitud de todo un cobarde.



SI FUERAS TÚ

Si fueras tú como te había soñado
de mil amores te hubiera aceptado
mas te faltó todo lo que yo esperaba
encontrar en otro que fuese pareja,
la chispa, el aliento o quizá energía
que me diera confianza y respaldo
para caminar por senderos nuevos
donde olvidara los viejos pesares
recobrar entonces la noble esperanza
de que la vida no siempre es ingrata
y que de este mundo nos vamos a otro
en el que nos sobra lo que aquí nos falta.



Tú y yo

Tú y yo no pudimos ser
entonces culpamos al cielo y la tierra
los ángeles malos nos seguían juntos
perdimos la calma, nos llegó la angustia
y como agua y aceite que nunca se juntan
tú te fuiste lejos sin decir adónde
y yo quedé sola en espera tuya
pero sin decirte dónde, ni decirte cuánto.



La unidad

Detuve mi vista en aquel duelo
comencé a leer la mirada triste
de esa mujer que llamamos Madre
dirigida al hombre inerte
cuya alma partió al Padre.

La tristeza se invadió en mi alma
porque recordé que Él lavó culpas
cuando fue muy sumiso al Padre
pasando sin mácula alguna
a cumplir la empresa que sólo Él podía.

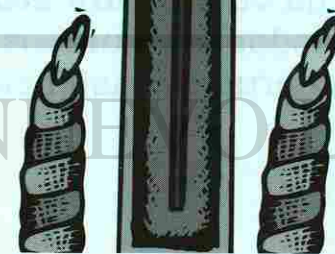
Su rostro aperlado denotaba pena
pero no por Él ni sus sufrimientos
es que le dolía contemplar su Madre
que quedaba sola, que quedaba triste
en otro calvario poco conocido.

Ella sostenía con su frágil mano
un pequeño cáliz, convertido en urna
que guardaba ahora la sangre vertida
por la vieja herida del costado izquierdo
hecha con ventaja y pérfido afán.

Entonces encontré la antítesis
el rostro de ella reflejaba calma,
una firmeza singular y altiva,
estaba orgullosa del deber cumplido
aunque le costara dolor en entrañas.

Sí, Ella, conservaba la altura del Hijo
cuando Él presuroso hacía deberes
ella estaba al tanto guardando silencio
y su compañía fue tan ventajosa
porque desde Niño supo protegerlo.

Así fue que Él se volvió hermano nuestro
y designó a Ella como nuestra Madre
porque conociendo su gran fortaleza
amor y dulzura que llenaban su alma
quiso regalarnos tan recio respaldo.



Ayer y hoy.

Ayer nacimos llorosos y alegres
 todos nos brindaban sonrisas y halagos
 ellos eran buenos y nos lo mostraban
 jugamos gozosos y el mundo era nuestro.
 Qué sabroso el lodo y la lluvia cayendo,
 qué rico juguete y comer con cuchara,
 qué importante entonces estar en el suelo
 si es donde sentimos la seguridad reinante
 y pudimos imitar mascotas y jugar con ellas
 y sentirlas parte de nuestra existencia.

Hoy todo ha pasado, la infancia se fue
 aunque algo de ella se ha quedado dentro
 y parece ser que a ella volvemos
 aunque lo ocultemos a más no poder.
 Recordarla es bueno, reviven los gozos
 la dulce dependencia se vuelve presente
 y nos regocijamos de tal pequeñez
 sólo que el ahora se ha vuelto muy brusco
 nos azota fuerte por todos los rumbos
 y la madurez se torna cruda resistencia.



Dísticos

El amor es muy bonito
 aunque dure tan poquito.
 El amor es muy bonito
 donde quiera que se dé.
 El amor es muy bonito
 cuando inicia primavera.
 El amor es muy bonito
 porque es dulce y huele a rosas.
 El amor es muy bonito
 cuando nace surge fiesta.
 El amor es muy bonito
 como fuego que te abrasa.
 El amor es muy bonito
 mucho tiene de angelito.
 El amor es muy bonito
 aunque luego te confunda.
 El amor es tan bonito
 que cuando por torpe se pierde
 su recuerdo es el mejor móvil
 para continuar viviendo.



Qué te parece

Vamos fingiendo... que yo te quiero
 vamos fingiendo... que tú me quieres
 vamos fingiendo... que yo soy tuya
 vamos fingiendo... que tú eres mío
 vamos fingiendo... que tú eres libre
 vamos fingiendo... que yo también
 vamos fingiendo... que por mis ojos ves
 vamos fingiendo... que yo te creo
 vamos fingiendo... que yo te hablo
 vamos fingiendo... que tú me escuchas,
 y a ver, si de tanto fingir
 tú acabas por saber que mientes
 y yo me canso de tanto fingimiento.



Ingrato amor

Mereces que yo te olvide
 porque mataste mi amor
 pero fuiste tan errado
 que todavía agoniza
 si te avisan que ya muero
 no te apures vida mía
 que las penas cobran vidas
 pero no así las de amores
 pues sirven de dulce acicate
 para no querer partir
 por ver si un amanecer
 te apareces por aquí.

Vuela paloma torcaza
 y trae la noticia esperada
 no te tardes por favor
 que ya no llevo la cuenta
 de los años de su ausencia
 sólo sé que llevo canas
 y las ganas se me acaban
 entre suspiro y suspiro
 y uno que otro
 gran gemido.
 Si me dices que hoy no viene
 hoy termino mi agonía.



DE CUATRO EN CUATRO



Camino los caminos que otros han caminado
sueño los sueños que otros han soñado
la vida me lleva a donde otros han llegado
¿dónde se escondió la originalidad?

oOo

Por si volvieras mantengo libre el corazón
la luz de la esperanza brilla en el alma
la flor de tu recuerdo luce fresca como ayer
y la risa pendiente de tus conocidos pasos.

oOo

Entre deberes y placeres se consume la vida
son pocas las certezas y demasiadas las dudas
al otoño le sigue fielmente el invierno
y en el último instante, hace falta el amigo.

oOo

El poeta sabe las cosas que callamos
sabe decirlas con prontitud y aplomo
con esmero procura suavizarlas
pero el éxito escapa de su intento.

oOo



He cortado las flores de mi huerto
para ponerlas en tu tumba, madre mía
y he sentido lo inútil de este acto
porque tu sangre fluye por mis venas.

oOo

Martes santo, martes mayor,
horas de lectura y de silencio
interrumpidas acaso por un gato
o aquel viejo dolor que no se agota.

oOo

Maestro, tú que enseñas, ¿enseñas con amor?
le das a tu trabajo la pasión que se requiere
o entras al aula con la triste esperanza
que nadie se te acerque u ose cuestionarte.

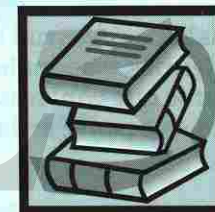
oOo

Joven amigo, nunca te canses de leer
qué importa si no te sirve ahora
aumentará el caudal de tu saber
y mañana serás más útil que hoy.

oOo

Una vez un amable viejecillo
murmuró en mis oídos dulces notas
de momento lo mandé a volar
sin saber que era Cupido disfrazado.

oOo



Hoy cruzaste el jardín
y no notaste que la hortensia
se moría por mirarte.
La pobre se sintió tan sola.

—oOo—

Ese niño que guardas en tu vientre
no es cosa de dos como se dice
es fruto del sagrado amor divino
que quiso darte más que a los estériles.

—oOo—

Era primavera y se sintió joven
hizo de todo pues energía había
cuando asomó el invierno lo azotó el miedo
y no supo vivir de los recuerdos gratos.

—oOo—

Saben qué virtud hace falta en este mundo
algunos respondieron que el trabajo,
otros que confianza o la esperanza,
más yo pensé en la gratitud.

—oOo—

Yo quisiera, como Borges, vivir con más placer
ser menos ordenado y obstinado
pero igual que el afamado argentino
sabemos que esta vida es una y nada más.

—oOo—

Entre la paz y la guerra está el perdón
cuán difícil es pedirlo, cuánto más darlo
si él se ostentase como bandera nacional
la paz sería la reina de la Tierra.



Señora mía

a: M. C. D.

Ayer te contemplaba con dulzura
tus manos con mis manos enlazadas
tu mirada con la mía embelesadas
deseosas de canjear simple ternura.

Cuántas veces volvía con premura
a sentir nuestras manos subyugadas
a fundir nuestras almas extasiadas
y a mirar de tu rostro la frescura.

Todo pasa en el tiempo no en la vida
todo queda en el alma bien guardado
nada puede cerrar la abierta herida

mi presente lo llena tu pasado
quizá muchos sintieron tu partida
mas tu alma en la mía se ha quedado.



Resurgir

Cuando sientas que todo está perdido
que es poco lo que tienes y mereces
toma coraje e impúlsate con creces
que te falta aprender de lo vivido.

Se valiente y cada hora más erguido
que sólo Dios reciba hondas preces
no te fijas en tristes pequeñeces
has de ser grande si eres prevenido.

Que en tu pecho se anide la confianza
que tu mano se abra compasiva
en tus ojos brillando la esperanza

Tu marcha resonando recreativa
retando al viento que zumba cual lanza
sin dejarse envolver como cautiva.



TU RECUERDO

Observo con gratitud la belleza de la rosa
escucho con fervor el cantar del pajarillo
y la música de la fuente que me llega tenuemente
todo me envuelve gratamente pero no gozo el momento.

Recuerdo ahora los momentos que pasamos juntos
cuánto tiempo bien destilado en oro
mi mirada descansada en la tuya inquieta
y las caricias que juntos compartimos.

De nuevo la belleza de la rosa me seduce
el trino del pajarillo se filtra febrilmente
y con placidez me llega la risa de la fuente
siento entonces la gratitud a flor de labio.

Tu nombre como abeja al oído me susurra
no necesito verte, tu aroma me ha marcado
sin tener tu foto entre mis manos
puedo contar todas las líneas de tu frente.

El tiempo rodó como piedra en empinada
los sonidos se esfumaron, el pajarillo voló
la fuente está apagada y la rosa marchitóse
sólo tu recuerdo se niega a consumirse.

Hoy te evoco en el silencio de mis días
tu silueta ha perdido el delineado
tu nombre se mece entre mis labios
y el corazón inicia el proceso de olvidarte.



Desprendimiento

Si pudiera variar mis sentimientos
por ti lo haría con gusto y desenfado
mas llegas tarde a un corazón ingrato
que se ocupa de querer a quien se ha ido.

Tú eres bueno y has sabido esperar con alegría
los momentos que alguna vez yo te he brindado
como ave que busca nuevas playas
te atrae mi nostalgia y mi desgano.

Yo no quiero que sigas mi camino
es muy largo, áspero y cansado
no ves que sin él apenas ando
y que su retorno me mantiene viva.

Por tu bien dirige tu timón hacia otros mares
en ellos has de encontrar nuevos amores
de esos que son equilibrados y sanos
perdurables, limpios y envidiables.

Vete feliz de haberme conocido
y más aún de haberme abandonado
deja que yo encuentre la forma
de ser feliz viviendo de recuerdos.

**Tercetillos**

Me dijiste que era tarde para amar
y te dejé partir con tu soledad auestas
pero yo me quedé con la esperanza abierta.

~0~

De haberlo querido te hubiera hecho feliz
pero entre dos cada quien pone su parte
y tú pensaste que yo habría de ponerlo todo.

~0~

Si me quieres te querré, se lo dijo, un entusiasta
ella quedó pensativa y con gesto triste en la mirada
respondió: el amor se da, no se condiciona.

~0~

Si me dejas de querer, te dejo,
no importa ya si me quisiste mucho
lo que cuenta, es que somos diferentes.

~0~

¿Qué si te extraño?, para qué ocultarlo
fueron muchos los días que juntos convivimos
mas, si tú me olvidaste, cómo evitarlo.

~0~

Qué alegría Señor conocer tus tierras
en que fuiste amado y perseguido
quien pudiera como Tú, no errar la senda.

~0~

Muéstrales, Señor, tu Rostro a los que sufren,
a los huérfanos, viudas y difuntos
piensa que yo ya estoy en los primeros.

~0~



Desde este monte diviso la ciudad
con los recovecos de sus curvas vías
mi corazón palpita dulcemente.

~0~

Hoy he visitado el camino del Calvario
qué tristeza, qué dolor, cuánta injusticia
y aún hay gente Jesús, que de Ti duda.

~0~

Yo quisiera ser obediente cual María
escoger el camino de la cruz como Jesús
pero la debilidad colma el deseo.

~0~

Qué han hecho de ti, pueblo elegido
tus enemigos no dejan de ofenderte
están juzgando tu sombra ante el Señor.

~0~

Aquí se dice que Jesús fue bautizado
el Jordán es famoso por tal hecho
quién pudiera dormirse entre sus aguas.

~0~

Gracias Señor por tu perdón
gracias Señor por tu redención
pero más que todo por tu resurrección.

~0~

Perdona Señor, a quien no cree
perdona Señor, a quien cree con temor
pero sobre todo, a aquél que osa retarte.

~0~



Señor permite que como incansable peregrino
siga tus pasos anhelando ver Tu rostro
sin más propósito que seguirte amando.

~0~

Pablo y Pedro, Señor, tus discípulos ambos
defendieron tu pueblo y tu justicia
dame del agua que de Ti bebieron.

~0~

Sólo quien no te conoce, Señor mío
es capaz de no amarte y sí ofenderte
los demás, Señor, te conocemos.

~0~

Quien no conoce, Señor, tus mandamientos
pero sabe del castigo a los impíos
qué bien hace en evitar tu ira.

~0~



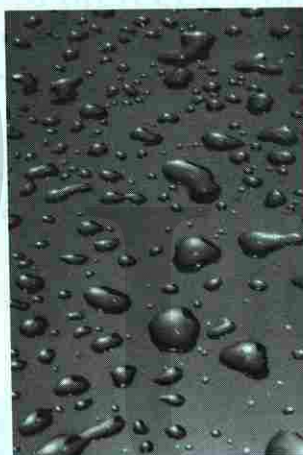
SEGUIR

Tres golpes he recibido en la vida.
Pensaréis que es poco, amigo mio,
mas han producido gran extravío
porque causaron profunda herida.

Quiera Dios que en las sendas de la vida
ya no vuelva a sentir escalofrío,
pues mi corazón no soporta el frío,
ni tal pena tan grande y tan sufrida.

El tercero ha sido el más tajante.
Creyó mi alma no soportar su peso,
mas Dios, generoso, me llevó adelante.

Y, hoy, con un dolor menos costoso
ya mi alma respira relajante
y mi cuerpo se amansa, es forzoso.

**AUSENCIA**

Qué le pides tú a la vida, preguntó
el padre viendo cómo atesoraba
el niño sus juguetes, y gritaba,
al tiempo que él unos nudos desataba.

Por qué he de pedirle, le contestó.
tal respuesta al padre le encantaba
pero el niño siempre le agregaba:
Los cuentos que mi madre me contó.

Hace tiempo la madre viajó al cielo
nadie pudo llenar ese vacío
quién como ella con ese grato celo

podría embellecer como rocío
el fresco aroma del hogar sin velo
poniendo en juego su calor bravío.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



TU NOMBRE

Si porque has retardado tu venida
piensas que tu nombre se me ha quedado
como hoja endeble y sin ningún cuidado
de mínimo peso y de corta bienvenida.

Se ve que ignoras que no estoy dolida
pues Alguien de su mano me ha llevado
a cantar bajo un cielo estrellado
mientras pienso cuan darte bienvenida.

Los años han pasado lentamente
el otoño borró la huella del estío
las hojas se acumulan tristemente.

y yo espero curarte de tu hastío;
vuelve pronto, mi amor, serenamente
que mis labios te nombran con más brío.

**NUESTROS NOMBRES**

Se ha enredado tu nombre con el mío
como rayos que salen de una fuente
frescos, dulces, en un suave torrente
formando un dueto cantarino y frío.

Yo los miro charlar cerca del río
en un hablar sutil y permanente
como hermanas que rompen el silente
como amigas venciendo cruel hastío.

Sólo ellos caminan amparados
de la mano y del brazo por la calle
pues nosotros vivimos separados;
tú con una, yo con otro, sin que halle
solución que nos salve de estos hados:
pedirle a un corazón que siempre calle.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Decisión

Tus cartas nunca llegaron
ni tampoco tus postales
la espera tediosa y larga
colmó la copa servida.

No se cumple tu promesa del regreso
heme aquí en espera del cartero
a lo lejos se divisa el horizonte
tan distante como incierto.

Ya no viene la paloma mensajera
cambió su vuelo por otros lares
hoy decido retomar la vida
en suspenso desde tu partida.

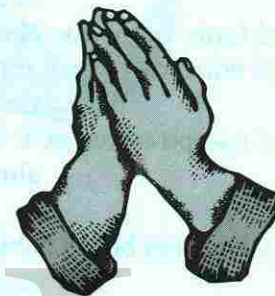


Te extraño madre

Te extraño madre, totalmente
pero sobre todo, tus manos
propiedad de mujer generosa
activa, prudente y buena,
abiertas para prodigar cariño,
plegadas para orar con fe
suaves para acariciar
fuertes para trabajar.

Tus manos, aves morenas
que encierran cantos
enseñanzas de antaño
tiernas como de niño
reacias para el enojo
mansas como de ángel
lisas como de monja
castas como de monje.

De líneas suaves como de mapa
habilidosas en la cocina
y tanto más para la escoba
amantes del jabón y de la plancha
suspirantes para los hijos
limpias para el consejo
combativas contra la mentira
y persuasivas para la verdad.



Encuentro

Te vi y mi corazón abrió sus puertas
te vi y mi día nublado se volvió claro
te vi y tu mirada me llenó de gozo
te vi y tu sonrisa ahuyentó mi paz.

Me viste y eso bastó para amanecer de
nuevo
me viste y el santo se me fue al cielo
me viste y se borró de tajo un rencor
viejo
me viste y el cuerpo estremeció mi
alma.

Nos vimos y nuestras bocas hablaron
con verdad
nos vimos y los demás dejaron de
existir
nos vimos y comprendimos al fin lo
que es el amor
quizá sea pasajero, pero lo que dure
será bueno.

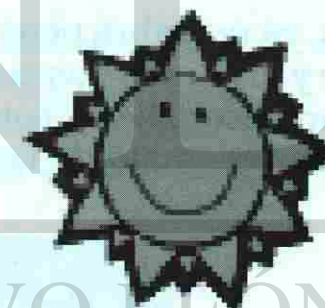
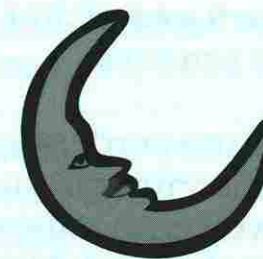


Sin nada

Entre tú y yo, el día y la noche
entre tú y yo, el mar y el cielo
entre tú y yo, el bien y el mal
entre tú y yo, la guerra sin tregua.

Entre tú y yo, la pena y el olvido
entre tú y yo, el combate sin pausa
entre tú y yo, un triste abismo
entre tú y yo, el nadir y el cenit.

Ni tú ni yo, veremos la victoria
si tú ganas, mi dolor te hiere
si yo pierdo, mi soledad es tuya
si yo gano, entre tú y yo, el Nilo.



Apariencias

Si tú te vas, en ese instante
mi alma quedará vacía
mi oído se negará a escuchar
otra voz que no sea tuya.

Si tú te vas, la luna perderá sentido
mis pasos no encontrarán su rumbo
mis manos se volverán inmóviles
y la luz se tornará en tinieblas.

Si tú te vas, contigo partirá mi sombra
la física romperá todas sus leyes
la soledad será mi compañera
y el sol me negará sus rayos.

Si tú te vas, ya no habrá pena
tan grande y profunda como ésta
pues con un beso sellaste con mentiras
a quien siempre gustó de las verdades.

**Brindis**

Tras décadas de una absurda espera
he de decirte a través del viento
que un nuevo amor apareció en mi huerto
y de par en par le abrí sus puertas.

Tu palabra empeñada perdió peso
la distancia ha recortado tu recuerdo
cada día la extrañeza fue bajando
y tu imagen con el tiempo fue borrosa.

Ya no vuelvas te pido humildemente
fuimos dos, luego uno, ahora dos
mi destino no era tuyo, estoy segura
que eres feliz y puedo serlo, sin unirnos.

Lejos uno del otro quizá aprendimos
que lo nuestro no tenía gran futuro
hoy es tiempo de arriesgarse nuevamente
y beber de la copa del amor en el otoño.



Abrázame

Abrázame, que quiero prolongar este momento
deseo yo perderme entre tus brazos
y contener tu cuerpo con los míos.

Abrázame, olvida tu pasado y tu presente
que no te importe nada sólo ahora
ni quieras más vivencia que ésta nuestra.

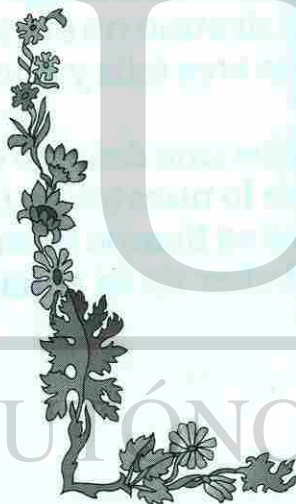
Abrázame, que quiero eternizar en este día
el lapso en que descanso entre tus brazos
muy cerca tu corazón del mío.

Abrázame, que quiero enredar el pensamiento
el mío con el tuyo hecho una trenza
capaz de desafiar las conveniencias.

Abrázame, que quiero yo perderme entre tus brazos
romper mi esterilidad en mil pedazos
y guardar este recuerdo de por vida.

Abrázame, que intuyo que te apartas de mi vida
cuando yo te necesito cerca mío
tú eres mi sostén y mi destino.

Abrázame, que pronto asomará el cruel hastío
la vida es gustosa de los cambios
y yo quiero morir en este abrazo.



Evolución

Ayer yo veía con sorpresa
que a los niños les daban los fusiles
y a las niñas, por supuesto, las muñecas
y me dije vagamente: qué torpes son los hombres.



Después cuando fui adolescente
un vecino me dijo: huyamos de la casa
y su fiebre infantil me contagiaba
pero dije ambiguamente: qué torpes son los hombres.

Ya de joven escuchaba dulcemente
los dichos hechos moda de ese entonces
que sólo la mujer casada era realizada
y me dije sin certeza; qué torpes son los hombres.

Ya más cerca del final que del comienzo
mirando la ruptura entre miles de parejas
deduje que nada es para siempre
y me dije con certeza: qué torpes son los hombres.



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Aléjate

Aléjate, no quiero que lastimes a mi alma
porque otros a ti se anticiparon
y ya conoció el dolor gracias a ellos.

Aléjate, no quieras engañarme con mentiras
tus palabras suenan huecas y vacías
y con ellas tus ojos no concuerdan.

Aléjate, que temo por mi paz y mi cordura
presiento que tus fines no son nobles
pues eres muy amigo de aventuras.

Aléjate, no tienes el derecho de dañarme
mirad que la vida se cobra las ofensas
por mi bien y por el tuyo, aléjate.

Aléjate, que no quiero acostumbrarme a tus caricias
tenerte algunos días no me basta
prefiero no probar lo que es efímero.

Aléjate, que yo soy sólo mujer de un solo hombre
y quiero estar completa cuando llegue
no importa cuánto tarde o cuánto espere.



NARRACIONES

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

La confesión

Todos los días a los quince para las siete, ella acudía a la misa. Se prometía que ahora, ese día, se atrevería a confesarse para poder comulgar; pero siempre pasaba lo mismo, evitaba hacerlo y salía del templo con el peso de su angustia cotidiana.

Por más que hacía memoria, ella no recordaba desde cuándo comenzó esa angustia sentimental, ese necesitar escuchar su voz, ver su figura que adivinaba esbelta y sobre todo, provocar ese choque de miradas con el cual se alimentaba día tras día.

En cuanto él aparecía, el templo era otro; más iluminado, más completo y los demás ya no existían. Una a una las palabras caían en su oído como centavos de oro; las repetía en su interior y comenzaba su tormento. ¡Qué sabiduría la de ese hombre: Sí, hombre; y saboreaba la palabra.



Se trataba de un templo sencillo. Aún no tenía lugares reservados para el bautizo, confesión y meditar ante el Santísimo. Antes, a ella le había gustado deleitarse en los pocos cuadros que mostraban escenas bíblicas. Sólo los veía y envidiaba la mano de los ejecutores por sentirse sin dones para la pintura y el dibujo. Al devolverse a su infancia, se veía tomando con emoción un lápiz y sobre una hoja en blanco recorrer libremente hacia todos lados, para luego disfrutar queriendo darle nombre y encontrar formas bellas. Los demás se hicieron cargo de que se enterara que carecía de aptitudes y de que si lo volvía hacer sería una pérdida de tiempo y gasto de papel injustificable.

Cuando estudió las figuras geométricas se dio a la tarea de englobar todos los objetos y la sombra de éstos en un círculo o en un cuadrado. Pero de todos ellas lo que más le fascinó fue el triángulo.

Después con la frescura que surge de ver el ayer como hoy, ella veía, cada vez que se detenía ante la escena de Cristo y los ladrones, que constituían un triángulo. En Navidad, María, José y el Niño Jesús, eran otro triángulo y en Cuaresma, miraba con asombro y devoción, como María con Juan y Jesús en la cruz, reflejaban otro triángulo.

En algún momento, su obsesión la lastimaba a niveles de conciencia real, y entonces bajaba la vista

confundida y se decía, como cuando era niña: "¡Esto no está pasando! ¡Esto no me está pasando!"

Pero en seguida volvían esos ataques de furor con que manchaba no sólo su alma, sino también el recinto donde se encontraba "devotamente" tarde tras tarde que contradecían los cánones morales que había conocido y practicado dentro de una familia pobre pero cristiana.

En su defensa ella se repetía que si aquí en el mundo se hace la voluntad de Dios, y él con frecuencia había traído a colación en su homilía, esa frase que a ella le gustaba escuchar para acomodársela livianamente, aquella de que "no se mueve la hoja del árbol sin la voluntad de Dios", porque así sentía menos pesada su incipiente culpa.

Su viudez temprana y el no ser madre, fueron las causas de su aberrante encierro. Comenzó a retomar las amistades, el contacto con los vecinos, y poco a poco, dejó de encontrar la paz, a no ser dentro del espacio que había hecho suyo, desde antes que él llegara: el templo.

- ¿No sabe si hay misa de 8? La voz de la señora con un niño en brazos y otro de la mano, la sacó de su pensar y molesta le preguntó: -¿Qué me dijo?- La señora volvió a preguntar: -Qué si va haber misa de 8. Ella le dijo: -No, va a empezar la de 7, a las 8 no hay. Ya no escuchó el "gracias" porque ella consultó el reloj que

marcó 6:50 y sacando fuerzas de donde pudo se acercó a la silla de los acusados. Él dijo el ceremonial y ella respondió mímicamente y sólo empezó a hablar cuando él preguntó, con esa voz que tanto quería escuchar: -¿Cuáles son tus pecados? Como pudo empezó a balbucear, entre sollozos e interrupciones, el problema cuyo peso la asfixiaba. Al principio él no entendió lo que ella le contaba; comenzó a darle una confesión en que a él le pareció que del enamoramiento que ella hablaba era hacia Cristo y le dijo que no era pecado, que todos somos ovejas queridas por Él y que es natural que como ovejas amemos y sigamos a Cristo.



Ella sacó el pañuelito de su bolsa y se limpió con coraje parte del rostro; así que él se hacía el desentendido, claro, así le resultaba más fácil todo; comprendió que sólo le quedaban dos opciones: seguirle la corriente y quedarse todo como si nada aunque se autotraicionara, o aclararlo todo para que él comprendiera que la vida humana es muy compleja y que el corazón nos juega rudo y sin compasión.

Después de un minuto de silencio, largo e insostenible para él, ella optó por lo segundo, y se encontró con la sana resistencia de él.

-No, padre, usted me está entendiendo mal.

-Por qué, hija.

-Porque yo amo al Señor, sé que El es mi creador y salvador, pero hay otro que se ha hecho dueño de mi corazón.

- Amarás a Dios por sobre todas las cosas, ¿recuerdas?

-Sí, padre, pero también amo al que tengo enfrente.

El se puso de pie ante tal irreverencia y le dijo: - Arrepíentete y pide perdón a Cristo por esta ofensa.

Ella se puso de pie y retadoramente le increpó: - Y usted padre, ¿ya lo pidió por esas miradas amorosas que me manda cada vez que lo veo y me ve al mismo tiempo?

El no contestó el ataque, se vio el reloj y le dijo, casi irónicamente: -Voy a cambiarme, es hora de la misa. Ella no se quedó a misa, el mal estaba hecho. Su impasibilidad la desconcertó. Confesaba una verdad y la menospreciaron. Y ahora, cómo buscar la reconciliación espiritual, si había cerrado el único camino para estar bien con Dios.

Hubo de pasar mucho tiempo para que ella se atreviera a volver al lugar donde encontró la paz y donde la perdió. Por años había asistido a otro templo y como el tiempo todo lo cura, un día ella se sintió fuerte como para recuperar una parte de su pasado, que tanto le

había lastimado, pero que ahora veía como una hoja del calendario tirada en los corredores de un parque cercano y limpio.

Fue una mañana de domingo, el templo estaba lleno y muy cambiado. Ahora sí había lugares destinados para cada cosa: confesionario, el baptisterio y el recinto para el Santísimo. Ella se quedó atrás, cerca de la salida; observó que se habían renovado las bancas, ahora con bases reclinatorias; las ventanas lucían brillantes colores que conformaban una cruz ancha y vacía. Se moría por preguntar quién oficiaría la misa pero se abstuvo de hacerlo. En realidad ya no importaba; la enfermedad había pasado.

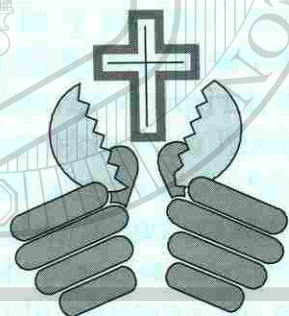
Todos se pusieron de pie y el ruido general que se produjo la hizo levantarse automáticamente. Un cura, alto y afable, saludó y se dirigió a la entrada a recibir a una quinceañera. Ella sintió sin saber porqué un alivio. Por ocho años se había ido con una hermana que vivía en Veracruz, ahora volvía a su casa, que había rentado al hijo de un vecino quien se casó en ese entonces. Como habían cambiado de trabajo a otro estado al joven, le desocuparon la casa. Ella volvió para venderla o quedarse, aún no tomaba la decisión.

Trató de concretarse en el ritual de la misa y al parecer lo consiguió. Al término de ésta, una vecina la saludó y fue quien le contó, sin que ella le preguntara,

que hacía ocho años que él ya no oficiaba y le increpó:- ¡Ah!, pues desde que tú te fuiste con tu hermana a Veracruz.

Ella se mantuvo firme y segura. Se despidió cortésmente y a la pregunta de la vecina acerca de que si se iría a Veracruz o se quedaría en su casa, ella respondió con un marcado desgano:- Aún no lo sé.

No quiso saber más; puso un aviso en el periódico y pronto vendió la casa que su marido le había dejado. Decidió regresar a Veracruz donde buscaría enterrar una etapa indeseable de su vida. Recién comprendía que si las guerras cuestan mucho, la tranquilidad cuesta más.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El perdón

Qué lejos estaba Maridelia de conocer las consecuencias de un acto que encierra generosidad y heroísmo en sus inicios y con el tiempo se vuelve arbitrario e injusto. Cuando lo realizó nunca pensó que el destino se volvería contra ella. En su condición de soltera quiso formar una familia, y buscó ser madre a través de los medios permitidos por la ley.



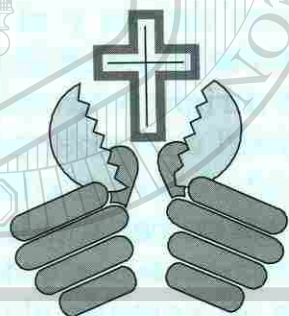
Creyente en las normas jurídicas y sociales pensó que conseguiría sus fines en poco tiempo y ligeros trámites, pero le sucedió todo lo contrario. La opinión de sus amigos y de sus propios padres la hubiera llevado a la renuncia de su deseo, pero éste había alimentado su alma y decidió actuar conforme su proyecto.

Fueron lentas semanas y largos meses los que hubo de pasar para vislumbrar la viabilidad del deseo que tenía de recibir en su casa a un ser nuevo al que

que hacía ocho años que él ya no oficiaba y le increpó:- ¡Ah!, pues desde que tú te fuiste con tu hermana a Veracruz.

Ella se mantuvo firme y segura. Se despidió cortésmente y a la pregunta de la vecina acerca de que si se iría a Veracruz o se quedaría en su casa, ella respondió con un marcado desgano:- Aún no lo sé.

No quiso saber más; puso un aviso en el periódico y pronto vendió la casa que su marido le había dejado. Decidió regresar a Veracruz donde buscaría enterrar una etapa indeseable de su vida. Recién comprendía que si las guerras cuestan mucho, la tranquilidad cuesta más.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El perdón

Qué lejos estaba Maridelia de conocer las consecuencias de un acto que encierra generosidad y heroísmo en sus inicios y con el tiempo se vuelve arbitrario e injusto. Cuando lo realizó nunca pensó que el destino se volvería contra ella. En su condición de soltera quiso formar una familia, y buscó ser madre a través de los medios permitidos por la ley.



Creyente en las normas jurídicas y sociales pensó que conseguiría sus fines en poco tiempo y ligeros trámites, pero le sucedió todo lo contrario. La opinión de sus amigos y de sus propios padres la hubiera llevado a la renuncia de su deseo, pero éste había alimentado su alma y decidió actuar conforme su proyecto.

Fueron lentas semanas y largos meses los que hubo de pasar para vislumbrar la viabilidad del deseo que tenía de recibir en su casa a un ser nuevo al que

dedicaría su tiempo y sus esperanzas. Calló pacientemente ante las advertencias porque su carácter no era pleitista; perdió hasta el saludo de algunos vecinos que le decían que ella sola no sería capaz de llevar esa carga que planeaba echarse sobre sus hombros; habría de pasar por alto las amonestaciones de sus padres, acerca de que le estaba buscando tres pies al gato; y, por último, las trabas que sí le dolían: las legales y burocráticas.

Después de un largo periodo, el sueño de Maridelia se hizo realidad y se llegó el día en que recogió ese pedazo de vida con que pensaba alegrar y completar la propia.

A su hijo le puso el nombre de su padre, Sebastián, y poco a poco lo fue nutriendo física y mentalmente. El niño comenzó a demostrar una especial inteligencia y ella no tuvo empacho en mandarlo a los mejores colegios para que su desarrollo integral lo condujera a una sólida profesión.

En los días de ausencia de la salud, lo veló con cariño sin igual y verdadero apego; fueron noches larguísimas en que hubo de olvidarse de sí misma para dedicarse en cuerpo y alma a su cuidado.

El niño tenía un don para el uso de la palabra; le gustaba hablar hasta por los codos; sus habilidades

innatas para la oratoria lo llevaron a ocupar el primer lugar en cuanto concurso participaba y ya sus demás compañeros comenzaban a llamarlo "El líder" y procuraban no competir con él, porque sabían que Sebastián se llevaría las palmas.

Cuando llegó a la Facultad de Derecho, Maridelia se sentía complacida: Sebas, como por cariño siempre le había nombrado, era serio, formal, estudioso y amable. Entonces escuchaba alabanzas por su buen tino en elegir aquel niño que ahora sería un hombre de provecho; su gran capacidad para educarlo y "consentirlo" sin echarlo a perder; lo bueno que había sido el destino con ella, en brindarle la oportunidad de ser "madre" y vivir bien acompañada, ahora que sus padres habían fallecido. Todo esto fue despertando en ella cierta dosis de vanidad y orgullo que la llevaron a dormirse en sus laureles.

En la nueva escuela, Sebastián, que siempre había estado rodeado de gente que lo admiraba y respetaba, se percató de un mundo diferente; había jóvenes de todo: apáticos, revoltosos, de alegría extrema, fáciles al insulto, al melodrama, al cigarro y a la bebida los fines de semana.

El contraste fue brusco y tormentoso. Ahí dejó de ser "El líder"; nadie temía ni conocía sus antecedentes; a nadie le importaba que él supiera hablar en público y

dominara muchos temas; era otro como cualquiera, era otro como todos; y eso lo desubicó, lo trastornó y lo llevó a un cambio indeseable.

En dos meses él era otro y comenzó el calvario de Maridelia. Con frecuencia ella le reclamaba su nuevo comportamiento, con "pinzas" pues no quería desembocar en una serie de ofensas que después resultarían difíciles de olvidar.

Sebastián se inició en el tabaquismo, se hizo de "amigos" que no le convenían y conoció, nunca supo Maridelia cómo, de su adopción.

Ella fue incapaz de enfrentarlo; lo amaba demasiado para lastimarlo y cuando él le echó en cara el infortunio de ignorar quiénes eran sus padres y por qué lo había enseñado a decirle Madre, cuando ella no lo había traído al mundo, la única reacción que manifestó fue el llanto. Éste brotó copiosamente al recordar los vaticinios de sus vecinas, los impedimentos que tuvo que hacer a un lado y la oposición de su padres y los meses que hubo de esperar para conseguir su sueño. En ese momento sintió que los años al lado de Sebas habían sido un sueño del cual despertaba hasta ahora.

No se dio cuenta que Sebastián salió de la casa, hasta que escuchó el portazo. Se sentó en la mecedora donde tantas veces arrulló a su niño y deseó que él no

hubiera crecido nunca, esa hubiera sido la solución perfecta. Ahí se quedó dormida y en el sueño veía a Sebas de pocos años, sonriente le acariciaba el rostro y le decía mamá, una vez alto, después bajito, rápido, lento, silabeando y luego el diminutivo que a ella le sabía a gloria: ¡Mamita!

En ese mundo irreal donde creía tomar la felicidad con sus manos, entrecruzadas con el pequeño, permaneció por mucho tiempo. Cuando el muchacho volvió y se encerró en su cuarto, ella no se dio cuenta. Más tarde, escuchó que abrían las puertas del closet de la recámara de su hijo, abrió los ojos y, sin pararse, preguntó: - ¿Eres tú, hijo?, y de inmediato se arrepintió de haberlo nombrado así. Intuyó que él sufría demasiado en este momento, y que ella debía esperar a que asimilara la verdad descubierta por boca de otros, a los que denominó malvados.

Él hijo no contestó, estaba preparando su maleta; la llenó de ropa, sin que su ofuscación le permitiera ver en ella el trabajo de una mujer a la que ahora se negaba darle el nombre que merecía; esas prendas estaban llenas de su cariño, cuidados, tiempo y esfuerzos, por eso estaban bien planchadas, olían a limpio y habían sido ordenadas con amor; pero él no se dio cuenta, su orgullo había sido lastimado, él quería ser como la mayoría; la historia de su origen era falsa, No se trataba de que su madre no se pudo casar con su papá porque él

149454

se fue de viaje y sufrió un lamentable accidente; él había sido dado en adopción a una mujer solitaria y soñadora que le había negado el derecho de pertenecer a una pareja en un hogar donde hubiera tenido otros "hermanos" aunque también fuesen adoptivos. Esto era lo que él no podía perdonar, que ella lo adoptara para cubrir su soledad y lo condenara ahora a vivir ignorando quién lo había procreado.

Cuando salió del cuarto con la maleta, Maridelia ya no lloraba; era obvio que él se iría para castigar su osadía; ella no pensó en detenerlo. Por primera vez en tantos años lo veía ajeno, desconocido, frío, juez implacable, se había vuelto su enemigo.

Él abrió la puerta de la casa y por un instante se detuvo. Ella en su interior rezó: ¡Oh Dios!, que se arrepienta. Pero el muchacho volteó a verla sólo un instante y se fue. Entonces ella lloró a sus anchas, se maldijo y lo maldijo. La ira había entrado en su corazón y no quería salir. La pregunta se abrió paso en sus lamentos y salió a la superficie: - ¿Por qué a mí? ¿Por qué yo?.

En las semanas que el muchacho se fue a vivir con un compañero de la escuela, ella perdió peso y las ganas de vivir. Cuando el deseo de verlo la llevó a la facultad sin que él lo notara, halló la tabla salvadora, porque entonces encontró el motivo que la obligaría a vivir: verlo

de lejos. Testigo fiel y silencioso lo vio entrar y salir en esa escuela donde aprendería a impartir justicia. A los pocos meses lo comenzó a ver acompañado de una joven de cabellos largos y se sintió más tranquila; si él se enamoraba y la joven era buena, su hijo podría ser feliz, a pesar de ser un hijo adoptivo.

El tiempo pasó y cuando Sebastián se le declaró a Felisa- la muchacha con la que salía y estudiaba- ella le preguntó si no le importaba saber que ella ignoraba quiénes eran sus padres. Él asustado, le preguntó: - ¿Cómo es eso, no te entiendo? Felisa le contestó: - Es que soy hija adoptiva, espero que no te importe, porque quiero a mis padres, que me han cuidado, educado y amado, a pesar de que yo no lleve su sangre. En ese instante, Sebastián, comprendió la crueldad que había cometido contra la mujer que le enseñó a caminar, hablar, correr, estudiar y que nunca le había pedido nada; con lágrimas en los ojos, abrazó a Felisa, murmurando en su oído: - El destino te puso en mi camino para que yo aprendiera a valorar lo justo.

Quedaron de verse más tarde. El muchacho corrió a la casa de su madre con un pensamiento clavado que buscaba la salida por sus labios: Te amo madre, perdóname; pero Maridelia no estaba en la casa; él recordó que a esas horas debía estar en su trabajo y tomó un taxi, quería llegar cuanto antes.

Cuando estuvo frente a ella, la miró con los ojos de antes, y Maridelia comprendió todo. Lo abrazó, le limpió con sus dedos las lágrimas que rodaban ardientes y saladas y no dijo nada. Sebastián le dijo, lentamente, que la amaba y necesitaba su perdón; entonces ella, con la sencillez de los que aman y están a punto de recobrar al ser amado, le dijo: - Hijo mío, mi Sebas, hoy la ofuscación ha salido de tu corazón y es un gran día. Espérame en casa para comer juntos y celebrarlo.

Sebastián se fue lleno de contento y pensó en entrar al primer templo que se cruzara en su camino, para dar gracias al Creador y bendecirlo por haberle dado una madre como Maridelia.

El río

La corriente se deslizaba con fuerza rumbo al poniente. El agua turbulenta transitaba con furia, en su paso desbordante acarreaba lo que encontraba: vidrios, palos, botellas de plástico, ramas y troncos de árboles; aquello era insólito porque ese lecho arenoso tenía años de estar seco y vacío.

Algunos moradores no se separaban de su lugar de alerta, si el nivel subía un poco más sería necesario avisar a los habitantes de la necesidad de evacuar. El pueblito estaba dividido por el río y el pequeño puente, mal hecho desde sus inicios, ofrecía poca seguridad para cruzarlo.

El presidente municipal, sabía que esa era una emergencia, pero se habían quedado sin línea telefónica en la presidencia del pueblo, único lugar donde la había. Pensó que si su chofer cruzaba el puente, podría avisar en el otro pueblo para que mandaran grupos de rescate y así se pudiera efectuar la evacuación, que ya parecía inminente.

No obstante, como el riesgo era demasiado no se animaba a dar la orden. El chofer era Anastasio, un joven acomedido que estudiaba por las noches la secundaria y en él había descubierto que su obediencia no tenía límites. De antemano sabía que si lo mandaba,

él cumpliría el encargo, aunque le fuese en ello su propia vida.

Pensando en esto se le vino una idea que calificó de loca y por lo mismo la rechazó su mente, aunque no del todo su corazón. Al principio se le ocurrió que para no poner en riesgo a su chofer, un joven honrado y decente, podría entonces sacar a Germán, un golpeador de mujeres y vecinos que por ahora estaba cumpliendo una condena en la cárcel, para que hiciera la dirigencia pertinente.

Por un largo momento en el que pensó, vació la cajetilla de cigarrillos, encendiendo uno tras otro, mientras la idea jugaba coquetamente en su cabeza. Si moría Germán en su fuga, el pueblo no perdía gran cosa se justificaba. En cambio, si moría Anastasio, que era útil y servicial, él se quedaba sin chofer y la familia del muchacho, sí lo iba a resentir.

Como caído del cielo apareció Anastasio quien le preguntó a su jefe: - ¿No será necesario ir a buscar ayuda al otro pueblo? El le respondió con otra cuestión: - Y, ¿Quién crees que será capaz de hacerlo? El muchacho, resuelto e impulsivo, contestó: - Pues yo, ¡acaso no está la camioneta!

El presidente se quedó pensativo. No sabía si debía compartir su idea con el joven, o hacerlo él personalmente, para que si las cosas salían mal, Anastasio no tuviera vela en el entierro.

Después de un minuto de pesado silencio el joven insistía: - Pues entonces, ya voy o me espero. El funcionario frunció el ceño y le dijo: - ya veremos, hay que esperar. Si componemos la línea del teléfono, avisamos y así no corremos riesgos.

El joven salió murmurando un "con permiso" y ya no volvió. El hombre salió poco después rumbo a la cárcel; iba decidido; a Germán nadie lo quería, y cuando estaba preso, el pueblo estaba más en paz. Aparentó tranquilidad cuando saludó al guardia y al celador.

- ¿Quiubo?, muchachos.
- Cómo está, señor alcalde- cuadrándose.
- Quiero hablar con Germán, ¿se puede?
- Cómo no, alcalde. Pase usted.

La cárcel olía mal; la mujer que limpiaba hacía días que no iba y ahora con el peligro del río, menos hacía acto de presencia. Germán se sorprendió al ver al alcalde; éste lo midió con la mirada y estuvo un poco titubeante. Se le veía flaco, mal cuidado, avejentado pero un reflejo de inocencia en sus pupilas casi lo desarma.

El muchacho le dijo: - ¿A poco ya voy a salir? El alcalde no le contestó; pensó sobre su acción. El otro se sentó, decepcionado y cabizbajo.

Después de un momento de titubear, él fue soltando su idea como tratando de aparentar que la cosa tenía que hacerse de esa manera, porque no había alternativa. El muchacho primero no le puso atención pero después sí y se puso de pie. Levantó la mirada hacia la ventanilla abarrotada y le comentó:- Así que ahora sí sirvo para algo con tono sarcástico. El alcalde no abrió la boca. El otro a los pocos minutos preguntó: - ¿Y, las llaves de la camioneta? El alcalde sin decir más, las sacó de su bolsillo y se las entregó; cuando arrancó el vehículo el alcalde tapó su rostro con las manos.

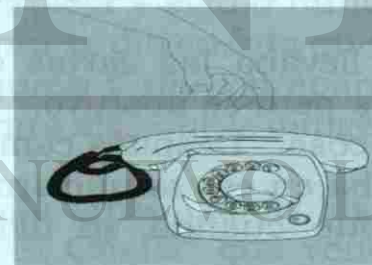


TAL VEZ

A mi padre: Simón R. González

Subió maquinalmente, acomodó su maleta y se sentó con la mente en blanco. A los pocos minutos tuvo la sensación de que el tren se movía; era falso, el que estaba en la otra vía era el que marchaba primero. Dejaba Veracruz, volvía a Monterrey. Oyó de lejos el silbato que anunciaba la partida. El ruido lo centró en su realidad. En su corazón llevaba más peso que en la maleta.

Los pocos árboles de la ciudad empezaron a cruzar por su ventana, Gustavo comenzó a recordar sus infortunios. Ocho años atrás había llegado con la ilusión de trabajar y enviar dinero a sus padres y a Tala, su novia. Pero la carta que le habían dado no sirvió y tuvo que buscar todo tipo de empleos, lo que iba saliendo, primero para sobrevivir y después, cuando la cosa mejoró, hacer sus primeros envíos.



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El muchacho le dijo: - ¿A poco ya voy a salir? El alcalde no le contestó; pensó sobre su acción. El otro se sentó, decepcionado y cabizbajo.

Después de un momento de titubear, él fue soltando su idea como tratando de aparentar que la cosa tenía que hacerse de esa manera, porque no había alternativa. El muchacho primero no le puso atención pero después sí y se puso de pie. Levantó la mirada hacia la ventanilla abarrotada y le comentó:- Así que ahora sí sirvo para algo con tono sarcástico. El alcalde no abrió la boca. El otro a los pocos minutos preguntó: - ¿Y, las llaves de la camioneta? El alcalde sin decir más, las sacó de su bolsillo y se las entregó; cuando arrancó el vehículo el alcalde tapó su rostro con las manos.

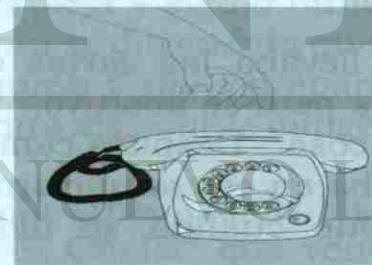


TAL VEZ

A mi padre: Simón R. González

Subió maquinalmente, acomodó su maleta y se sentó con la mente en blanco. A los pocos minutos tuvo la sensación de que el tren se movía; era falso, el que estaba en la otra vía era el que marchaba primero. Dejaba Veracruz, volvía a Monterrey. Oyó de lejos el silbato que anunciaba la partida. El ruido lo centró en su realidad. En su corazón llevaba más peso que en la maleta.

Los pocos árboles de la ciudad empezaron a cruzar por su ventana, Gustavo comenzó a recordar sus infortunios. Ocho años atrás había llegado con la ilusión de trabajar y enviar dinero a sus padres y a Tala, su novia. Pero la carta que le habían dado no sirvió y tuvo que buscar todo tipo de empleos, lo que iba saliendo, primero para sobrevivir y después, cuando la cosa mejoró, hacer sus primeros envíos.



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

En todo ese tiempo las cosas habían cambiado. Al principio hubo muchas llamadas, cartas, incluso telegramas, pero después él fue bajándole a la comunicación, y es que había conocido a Nelly, la hija del dueño del restaurante donde fue contratado como mesero. Entre saludo y saludo, sonrisas y miradas, surgió la atracción mutua que los hizo pensar en el casorio.

El padre no estuvo de acuerdo, Nelly apenas tenía dieciséis años, así que hubieron de esperar a que cumpliera los dieciocho. La madre de Gustavo fue quien primero se dio cuenta del despego del muchacho; en una de las llamadas le dijo al despedirse: -Te noto raro, ¿Te pasa algo? Él sólo supo contestar: ¿Por qué me lo pregunta? Ella le dijo: -No sé, no preguntas por Tala. Él respondió: -A ella le hablo aparte. La madre le reclamó: -Me dijo que hace mucho que no le hablas. Gustavo decidió colgar y rápido agregó: -Es por el trabajo, ya sabes; pero ella nada ingenua le incriminó: -No, si yo nada sé, el que sabe cuál es tu cuento eres tú- y fue ella quien colgó primero.

En la maleta llevaba las cartas de Tala, sintió el impulso de releerlas pero se abstuvo. Desde que murió Nelly no hacía otra cosa. Después cambió de idea y sí lo hizo. Cuando estaba en eso anunciaron que pasaran al vagón-comedor y fue cuando se dio cuenta que ya



estaban pasando por la capital, la lectura lo había embebido al grado de que no se dio cuenta de la parada de Córdoba.

Después de comer siguió el cigarrillo, la tos, el baño y después de hora y media regresó a su lugar. Cerró los ojos. No quería pensar; su cabeza era un caos. Sin saber cómo se situó en el momento en que dejó Monterrey. Sus padres lo despidieron en la estación llenos de incertidumbre. También estaba Tala: callada, robotizada. Él la abrazó y le dijo al oído: -No llores, será cosa de dos años. Ella no lloraba, lo miró perpleja y siguió hundida en su silencio. Cuando subió al tren se dio cuenta que en la mano llevaba las gorditas con queso y rajas preparadas por su madre para que no comprara algo que le indigestara en el camino.

En su partida quiso captar los rostros conocidos: Juan, el bolero; "El Chafis" que vendía el periódico; la mujer con los billetes de lotería; Luisín que comenzó de maletero y así se quedó, con el mismo nombre y con el

mismo puesto; Pedro que cortaba la rebanada del dulce de cajeta y regalaba su ganancia por ver una sonrisa y sentirse útil en ese paisaje cotidiano. Les dijo adiós con la mirada y se dispuso a buscar su asiento.

No supo cuándo se quedó dormido. Su sueño, casi pesadilla, lo hizo balbucir palabras que distaban mucho del castellano. El tren seguía su camino, firme, seguro, rítmico; pasó por Querétaro y por León. Gustavo vagaba por otros caminos fantasmales cuando las voces de otros pasajeros lo volvieron a la realidad. El tren entraba a la estación de San Luis Potosí. Se talló los ojos; le dolía la cabeza y vio con asombro que comenzaba a oscurecer.



Por primera vez pensó que llegaría a su destino gracias a los hombres que pasaban su vida colocando rieles y durmientes, cambiando la dirección de las vías,

conduciendo máquinas, o quizás dirigiendo maniobras desde una oficina, pero que facilitan el traslado seguro y económico a diferentes puntos del país. Pensó en su tío que había muerto accidentalmente como fogonero, en las labores de su ramo y del cual nadie dijo que hubiera muerto en el cumplimiento de su deber, porque eso sólo se dice en los casos de los militares, bomberos o policías.

Una voz infantil lo sacó de su meditación: -¿Me prestas una revista? Gustavo volvió el rostro para verlo y ver de qué revistas se trataba. Enseguida se dio cuenta que los pasajeros que habían bajado las dejaron. Tomó una y se la dio al pequeño que le dio las gracias. Él tomó la otra con la intención de distraerse. La abrió al azar y vio un anuncio de alimento infantil. Se puso triste; Nelly no le pudo dar un hijo. Cerró la revista y la dejó caer en el asiento, después entornó sus ojos; pensó en Tala; su tabla de salvación.

Se le hizo muy largo el camino hasta Saltillo, pero en esta ciudad recobró ánimos: estaba a poco más de una hora de volver a su tierra, a su gente, a Tala. Deseó con el alma estar ya en la estación conocida, saludar a Juan, al "Chafis", la billetera, a Luisín y probar el dulce de Pedro. Por primera vez se atrevió a sonreír desde que había iniciado el regreso.

El ánimo le duró poco. Antes de llegar a Monterrey, lo atacaron las dudas como brujas de otros mundos: ¿y si Tala ya no lo esperaba? y, ¿si ella ya fuese ajena? y, si



no lo perdonaba, ¿qué sería de él?. Después de todo, la última de sus cartas databa de varios meses atrás; al parecer le cobraba su abandono. De pronto le vino un sentimiento de extrañeza. Casi al final del trayecto se daba cuenta que no había visto las casitas de los guardavías, ni tampoco los viejos vagones que servían de casa a los garroteros y fogoneros. Recordó que de niño, las había visto, Le parecían alegres con sus botecitos colgando con flores Amor de un rato; la ropa tendida al

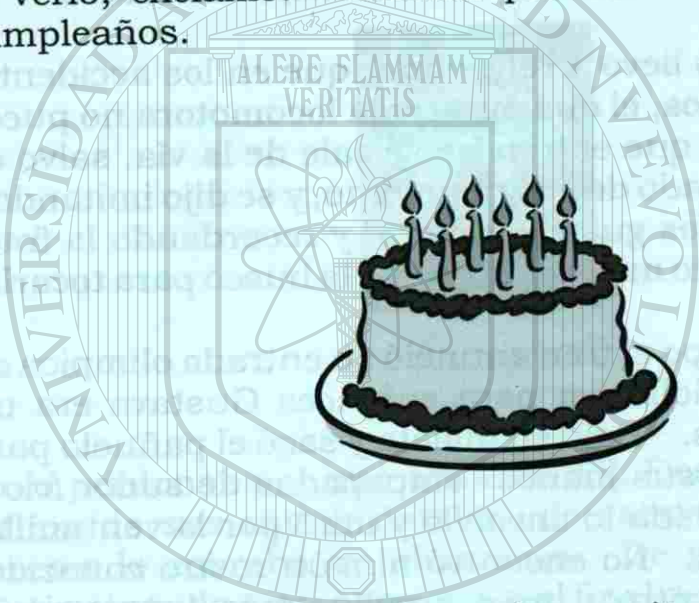
sol cerca del carro-casa y todas las ventanas abiertas. Entonces con sus ojos de niño las veía frescas, divertidas y cómodas. También notó la ausencia de los peones, y del armón en que se transportaban; alguna vez pensó en manejar alguno, si se lo permitían, porque ir al aire libre y la seguridad de las ruedas dentro del riel, le fascinaba.

Todo esto lo llevó a reflexionar que en los accidentes con otros vehículos, el que maneja la locomotora no puede tener la culpa ya que el tren no se sale de la vía, salvo en algún desafortunado descarrilamiento, y se dijo imitando a su abuelita: - "Dios guarde la hora" y recordando la frase del abuelo: - "Toco madera", pero no la buscó para tocarla.

Al poco tiempo el tren anunció su entrada olímpica en la Estación del Golfo; ya para entonces Gustavo era un manojito de nervios. Bajó su maleta y sacó el pañuelo para secar su frente y sus manos empapadas de sudor frío y perlado. La angustia lo envolvió y miró por la ventanilla. Se quedó perplejo. No encontró ningún rostro conocido. El ambiente era otro: más amplio, más limpio, más brillante...más vacío. Bajó con toda rapidez de que hizo acopio y salió a buscar un taxi. No batalló en encontrarlo; dio la dirección y se extrañó que ahora tuvieran marcador dónde se leía cómo subía el precio.

Pagó y se bajó con el último aliento que le quedaba en juego. Tocó; no hubo respuesta. Todo estaba oscuro;

eran las doce de la noche; con mano titubeante oprimió nuevamente el timbre. La puerta se abrió y él entró con sigilo. Al instante alguien encendió la luz y todos, familiares y amigos, le aplaudieron. Buscó con la mirada a Tala. Ella venía de la cocina con un pastel en las manos. Al verlo, exclamó: - Gracias por volver en el día de mi cumpleaños.



Gustavo corrió a abrazarla, musitando un "Gracias a Dios" que nadie escuchó y surgió la pesadilla: - ¿Cómo explicarle que volvía viudo? Tal vez algún día se dijo, y la soltó para ir a besar a su madre, cuyo contento estaba a punto de enloquecerla.

Susana

¿Hay alguien aquí? La voz de Susana recorrió todos los rincones de la casa y llegó al traspatio, pero no hubo respuesta alguna. Ella insistió de nuevo, a la vez que empujaba la portezuela en vías de extinción.

Hacía cinco años que ella había partido en busca de su "felicidad", armada sólo de sus ilusiones y con la confianza puesta en Salvador, su novio.

Entonces con ello se creyó bien equipada, además como secretaria de su tío Martín y con el inicio de sus clases de inglés, pensaba que no sería estorbo para Salvador, ya que ella sabría ganarse el pan de cada día.

Miró con tristeza el montón de polvo que cubría los pocos muebles ya desvencijados, las telarañas que como encaje lucían los ángulos superiores de ventanas, puertas y paredes. Quería sentarse, pero dónde; de pronto sintió un ahogo y el llanto cobró fuerza sin su permiso. Sus padres eran pobres pero siempre la trataron bien. Se fue porque Salvador iba a trabajar en la capital y él temía que ella tomara otro novio y lo dejara plantado.

Les había dejado una carta. Sacó un pañuelo y secó sus lágrimas tardías. Siempre había sido orgullosa

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

y por ello no regresó cuando las cosas no salieron como esperaba, prefirió aguantar los maltratos de Salvador cuando ella hablaba de meterse a trabajar; los primeros meses, la novedad y la libertad que gozaban lejos de quienes los conocían le permitió pasarla tranquila; pero cuando Salvador le empezó a pasar cada vez menos "raya" para los gastos de la casa y sus menesteres, ella hubo de verter su opinión acerca de buscarse un trabajo para contribuir. Él se exaltó desde el principio. Primero tratando de convencerla con razones inverosímiles que ella no entendía; luego con la persuasión de que la capital era peligrosa y ella no sabía hacer nada.

Susana dejó pasar tiempo porque había escuchado de su madre que éste pone las cosas en su lugar. Ya tenía más de dos años en la misma situación y como no había señales del primer bebé, ella volvió con la carga. Él se indignó, pero Susana insistió, advirtiéndole que ya había captado su egoísmo y conveniencia; como él era el que trabajaba se compraba la mejor ropa, lociones y hasta adquirió un auto. Ella no necesitaba andar tan presentable, para qué: lavar platos, ropa, pisos, baños, incluso el carro los domingos, no ameritaba un esmerado arreglo personal.



Ella no dijo más que verdades; pero él habló de la falta de agradecimiento, de que por él conocía la capital y tenía el respeto de sus vecinos y compañeros de trabajo; esta vez ella no lloró; le advirtió que si no trabajaba el tedio y la falta de dinero para gastos personales la llevaría a dejarlo. Él dio un portazo y se fue a la recámara. Esa noche ella durmió en el sofá y tenía la firme decisión de irse por la mañana con sus pocas pertenencias.

Él se levantó como si nada y buscando una reconciliación le increpó: -Si vengo temprano iremos al cine y a cenar.

Susana no contestó. Sabía leer las reacciones de Salvador: casi en tres años sólo en navidad había hecho eso y ella había llorado por estar lejos de su familia y por comprender qué solos estaban: en esas fechas el cine estaba vacío y el restaurante que podía pagar su pareja era de segunda categoría.



Salió temprano con maleta en mano; había dejado una carta donde le decía que no la buscara, así ella tendría un bonito recuerdo del tiempo que estuvieron juntos.

Después de varios días en que no supo cómo la pasó, encontró trabajo en una fonda. Allí conoció a Justina que se convirtió en su amiga y confidente. Ella pertenecía a un club de mujeres divorciadas y de inmediato le tomó simpatía.

Justina fue quien le señalaba en el periódico los empleos que podía solicitar.

Fue todo un peregrinar. Salía temprano de la casa de ella, su nueva y única amiga, y en la noche volvía decepcionada, aparte de cansada.

En las solicitudes se hablaba de competencia, trabajo por equipo, creatividad; porcentaje de segundas lenguas y otras cualidades que ella no tenía, porque en su pueblo había estudiado poco. El despacho de su tío Martín llevaba pocos asuntos y el curso de inglés, apenas comenzado no daba para nada; lo que ella sabía lo sabía cualquiera: OK, Thank you, ¿What is your name? ¡Your speack english! I am sorry, beatiful, yes, I do not, etc..

Pronto hubo de comprender que lo poco que ganaba en la fonda era todo lo que merecía. La depresión hizo

presa de ella y se sintió acabada. A Justina le costó mucho hacerle ver sus cualidades: joven, bonita, agradable, buena voz, ganas de aprender y voluntad de trabajar. La enseñó a decirse quedito y muy fuerte: Yo puedo. Susana respondió bien al tratamiento y después de varios meses de ahogarse en un vaso de agua, salió con nuevos bríos a buscar trabajo.



Lo encontró en un periódico vespertino y hubo de dejar la fonda porque en ésta sólo se brindaba el servicio de comida y cenas. Poco a poco se fue ganando la estimación de su jefe y de la supervisora, al grado de que alcanzó a mejorar de sueldo y categoría.

Susana aprendió a querer a Justina. Nadie se había portado tan bien con ella, ni siquiera Salvador, a quien le regaló casi tres años de su vida.

En el periódico conoció a Fidel y luego de un año de buenas relaciones se casaron. Ella pensó en volver a su casa a ver a sus padres, pero la felicidad la volvió egoísta y vivió dos años con Fidel como si no tuviera pasado. En

él vió su futuro asegurado y la ilusión por compartirlo. No era perfecto y de vez en cuando le preguntaba, frunciendo el ceño: -Si encontraras al tal Salvador, serías capaz de volver con él. Ella soltaba una carcajada y a él le bastaba esa reacción para sentirse seguro. Por esto ella tampoco quiso volver al pueblo; temía encontrarse con Salvador y suscitar los celos de Fidel.

Una ocasión, ya habían pasado cinco años de su fuga, soñó que la casa de sus padres se quemaba y ella gritaba a los vecinos que le ayudasen a salvarlos. Se despertó angustiada. Fidel le dijo que los sueños, sueños son.

Ella comenzó a evaluar su conducta, y el amor de sus padres no valorado cobró tal trascendencia que después de su pesadilla, habló con Fidel porque quería volver a su pueblo. Él no objetó nada sólo que le pidió que fuera sola; a ella le extrañó porque en el fin de semana podrían ir juntos, pero él le dijo que después de tanto tiempo, sus padres podrían recriminarle su larga ausencia y él no quería ser testigo de algún conflicto.

Susana salió de su casa con sus maletas y sin saber porqué, tuvo la sensación de que abandonaba la capital para siempre.

Cuando en la estación se encontró con un viejo amigo de su padre, lo saludó con emoción y declaró

entusiasta:- Vengo a ver a mis padres. Él la tomó del brazo y le dijo: Ven, Susanita, te invito a comer. Ella le dijo que no tenía hambre, pero él insistió y la llevó al restaurante más cercano. Él sólo pidió café y el temblor de sus dedos al tomar el vaso, como el de su voz, prepararon a Susana para escuchar algo solemne.

La voz del buen hombre le llegaba de lejos, impersonal, como si se tratara de una grabación. No entendió lo que dijo, ella le pidió que hablara más alto. Él repitió solemne: Así fue, Susanita, tal como te lo cuento. Ella no podía llorar, no entendía; este hombre hablaba de que hacía tres años el cinco de mayo, como hoy, y repitió como hoy, un camión de carga conducido por un ebrio, entró a su casa y cortó la vida de sus padres que en esos momentos, veían la televisión en la sala.



No supo Susana cuánto tiempo estuvo ahí, sentada como autómatas, recordando su niñez, la vida que llevó con Salvador, sus angustias de no encontrar empleo, y aquí fue cuando la tragedia de su orfandad, llegó a su cerebro y a su corazón. Quería gritar: ¡No es cierto! Pero se abstuvo. Ese hombre no tenía razón para mentirle.

Le dijo: -Déjeme sola. Usted ya cumplió. El hombre pronunció quedamente un "perdóneme", igual hubiera dicho, lo siento o adiós. Ella no escuchaba, no miraba; estaba dando paso a una verdad que como monstruo le comía las entrañas y la culpa se apoderó de ella. Pensó que si cuando dejó a Salvador hubiese regresado a su casa, sus padres estarían vivos, o quizá ella se hubiera ido con ellos, y eso hubiera sido mejor, que este ahora que se había poblado de orfandad y soledad para hacerle castigar por su abandono.

Después de dos horas se armó de valor y se encontró empujando la vieja puerta de la casa de sus padres. Algunos vecinos le debieron poner cerrojos para que los vagos no entraran a hacer sus necesidades. Dejó caer su bolsa y se prometió limpiar y restaurar esa casa tan querida y suya, ahora comprendía que su hogar no podía estar lejos del pueblo.

El torrente de lágrimas se había agotado. Cobró ánimo y recordó a Justina. Sí, iría por ella y ahí pondrían una fonda. De todas maneras podría trabajar

con el periódico a distancia; enviaría noticias del pueblo, las más sobresalientes.

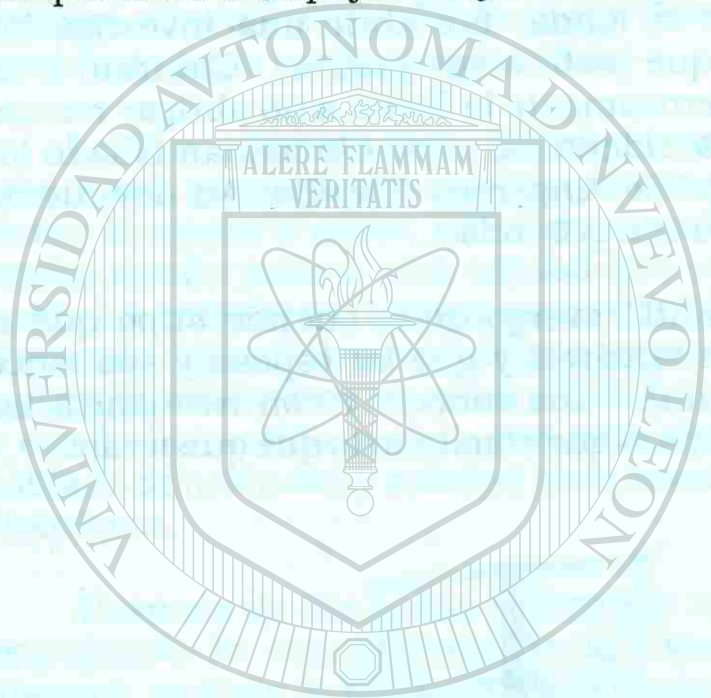
Lo primero que hizo después de que entre ella y Justina pusieron la fonda, fue abrir una investigación sobre el hombre que mató a sus padres. Contrató a un abogado y él, generosamente la invitó a no abrigar rencor; el suceso fue un accidente, al chofer le habían fallado los frenos; pero ella quería vengarse y él le dijo: - Me doy cuenta que la belleza no va con la bondad.

Susana se sintió avergonzada cuando supo que el hombre estaba en la cárcel y que su esposa y sus cinco hijos la pasaban mal. Los conoció y con frecuencia los invitaba a la fonda para que comieran lo que quisieran.



Con el tiempo, el abogado la pretendió y ella antes de aceptarlo agenció los trámites del divorcio, porque no quería volver con Fidel.

Él no estuvo en los momentos más difíciles de su vida. No la quería lo suficiente. Enterarse de la muerte de sus padres fue muy traumático; pero habría de recuperarse porque tenía dos apoyos muy fuertes: Justina y el abogado.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

EL DESPERTAR

Durante doce años había vivido en la dulce inercia de que él, su marido, era bueno. En cuanto habían vuelto de la llamada "luna de miel" en la cual Ernesto se la había pasado de llamada en llamada para checar la oficina y de queja en queja, porque sin su presencia no marchaban igual las cosas, Marisa se había puesto una venda sobre los ojos y sobre los oídos, para así sólo ver y escuchar lo que ella anhelaba y no los exabruptos de su esposo.

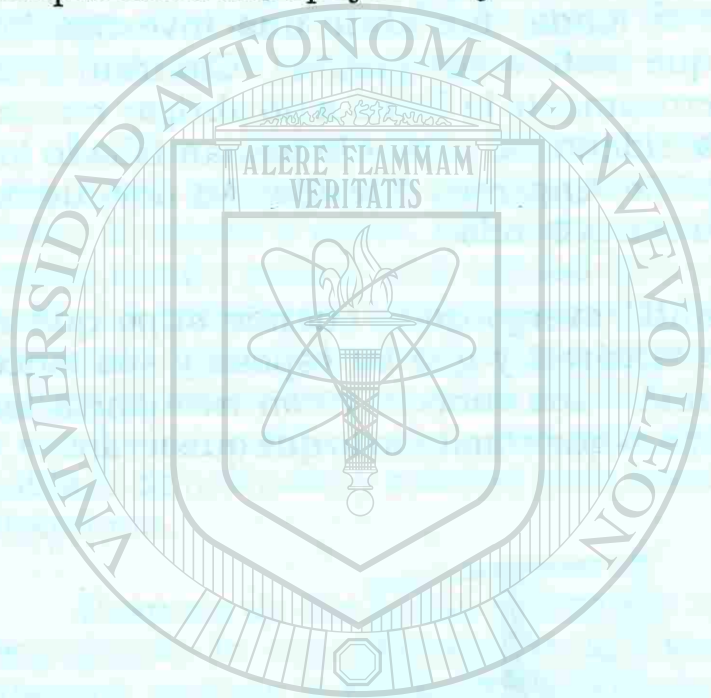
El hombre al principio se portó cauteloso; poco a poco fue dando a conocer su personalidad de incomprensible e incomprensivo. Un día se levantaba sin saludar, otro no avisaba que faltaría a comer, otro más veía irritado sin ser visto, y después, levantó la voz para ya no bajarla.

Ella no disminuía la guardia, es decir, ese enmascaramiento utilizado como estrategia para que sus gritos no le llegasen. Lo fue viendo como un forastero de paso, en su rica imaginación nació la idea de que Ernesto no era malo, sino que estaba confuso por el cambio de estado civil.



Después de justificar sus desplantes vistos y oídos de lejos, y por ello atenuados, decidió emplear esa máscara invisible para

Él no estuvo en los momentos más difíciles de su vida. No la quería lo suficiente. Enterarse de la muerte de sus padres fue muy traumático; pero habría de recuperarse porque tenía dos apoyos muy fuertes: Justina y el abogado.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

EL DESPERTAR

Durante doce años había vivido en la dulce inercia de que él, su marido, era bueno. En cuanto habían vuelto de la llamada "luna de miel" en la cual Ernesto se la había pasado de llamada en llamada para checar la oficina y de queja en queja, porque sin su presencia no marchaban igual las cosas, Marisa se había puesto una venda sobre los ojos y sobre los oídos, para así sólo ver y escuchar lo que ella anhelaba y no los exabruptos de su esposo.

El hombre al principio se portó cauteloso; poco a poco fue dando a conocer su personalidad de incomprensible e incomprensivo. Un día se levantaba sin saludar, otro no avisaba que faltaría a comer, otro más veía irritado sin ser visto, y después, levantó la voz para ya no bajarla.

Ella no disminuía la guardia, es decir, ese enmascaramiento utilizado como estrategia para que sus gritos no le llegasen. Lo fue viendo como un forastero de paso, en su rica imaginación nació la idea de que Ernesto no era malo, sino que estaba confuso por el cambio de estado civil.



Después de justificar sus desplantes vistos y oídos de lejos, y por ello atenuados, decidió emplear esa máscara invisible para

evitar una ruptura que le provocaría vergüenza por el corto tiempo que llevaban de casados.

El primer aniversario, bodas de papel, hubiera pasado sin que se dieran cuenta, a no ser por la llamada de su madre, quién preguntó si la iban a pasar solos. Ella contestó que Ernesto tenía mucho trabajo y la iban a pasar solos por decisión de ambos.

Al llegar el segundo aniversario quiso celebrarlo doblemente ya que el médico le confirmó sus sospechas de embarazo. Lo esperó arreglada y con la mesa puesta, pero él no llegó a buena hora. Por la noche, desencantada, se puso en bata y encendió el televisor para ignorar su transmisión. A media noche, recostada en su cama alcanzó a oír el rechinido de la puerta al abrirse.

De inmediato cerró los ojos; sabía que no venía del trabajo, de ningún bar porque era abstemio, y la interrogación apareció como resulta el producto después de multiplicar dos factores: ¿entonces? y se plantó en su frente, pero ella la mandó a volar en cuanto su mano rozó su vientre. Sí, por su bebé, era capaz de soportar su desgano.



Otro día, al darle la noticia, ni siquiera buscó su rostro para ver cómo la tomaba; la máscara como buen intermediario hizo su

función. Él se fue al trabajo, no mencionó una palabra; si ella lo hubiera visto, habría leído en sus ojos: Es tu problema.

Los meses pasaron raudos y Marisa trajo al mundo una hermosa niña de cabellos rubios. Ernesto se veía contento, aunque intrigado; en su familia y en la de Marisa, todos eran de piel oscura.

Al paso de los años, la niña creció sana y fuerte; su inteligencia superaba a la de los niños de su edad y pronto comprendió el calvario de su madre. A los siete años ya le había escrito una carta a Santa Claus para que en vez de regalos le mandase muchos kilos de cariño para que sus padres y ella pudieran repartírselos.



Angelita fue aún más lejos; a los doce años habló con sus padres por separado y les pidió que si ya no se amaban, se dejaran. Su padre le respondió que la situación se debía a los achaques de su madre, quien desde que se casaron había adoptado una actitud pasiva e indiferente, que cuando él pensó en la separación, ella resultó embarazada. Con Marisa tampoco le fue tan bien a la chiquilla que quería credencial de diplomático. Ella confesó su estrategia y dijo que si no hubiera sido por eso, se hubiera separado y quizá ella no existiera.

Mucho lloró Angelita en la soledad de su cuarto ante la incompreensión de sus padres. Ella sólo pedía que fueran como los de otros niños: acudieran al cine, al parque, a restaurantes, a fiestas juntos y sonrientes; que en su casa hablaran y se mostrasen su cariño, y que ella también fuese tomada en cuenta.

La "familia" siguió como de costumbre y Angelita se restringió a sus tareas escolares. Los adultos olvidaron que el destino de ella aún no estaba delineado.

La niña, derrotada en sus trámites reconciliatorios, comenzó a perder el apetito y las ganas de vivir. Cuando la madre percibió su amarillento color, la llevó al médico quien diagnosticó una anemia profunda difícil de curar.

Como loca, Marisa olvidando la tortura que había sido su matrimonio, corrió a buscar a Ernesto para que supiera la gravedad de su única hija. Ernesto le dijo que la había rodeado de comodidades y ni siquiera había sabido proteger a su hija. Fue en ese momento crítico que Marisa dejó caer la venda llevada por tanto tiempo y lo vio tal cual era: egoísta, frívolo e irresponsable, pero eso sí, acarreador de lo necesario para el "hogar". Armándose de valor, le increpó: -Yo salvaré a mi hija, pero tú no volverás a vernos. La mujer salió tragándose las lágrimas y con su dolor a cuestas.



Fueron muchos días en el hospital, la niña no daba muestras de recuperación. Una noche, en que Marisa creyó que su hija dormía, con voz quebrantada fue contando su martirio, y al terminar, agregó: -Daría gustosa mi vida por la tuya, hijita de mi corazón. A la mañana siguiente la luz solar inundó el cuarto donde ambas apenas despertaban; la madre miró a la niña y ésta le sonrió. La madre se llenó de gozo.

Cuando Angelita cobró fuerzas para caminar, hablar y soñar, fue dada de alta y su madre arregló pasaportes y preparó equipaje porque se iban a vivir con su tía que vivía en Houston.

Marisa hubo de trabajar y de ayudar en los menesteres propios de la casa, pero estaba tranquila porque ya vislumbraba el sol de la felicidad al ver a su hija cada día más bonita y más sana.



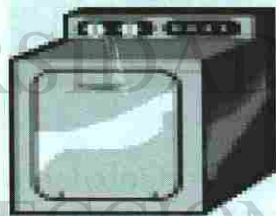
Allá llegó Angelita a la florida edad de las ilusiones y conoció del amor, mas ella se prometió a sí misma no despertar tan tarde como su madre, ya que había aprendido a reaccionar a tiempo para no tener que sufrir las consecuencias de las reacciones tardías.

Víctima o Verdugo.

Desde que enviudó, Don Fernando cambió todos sus hábitos. Antes recibía con parsimonia todas las atenciones de Barbarita, pero en su triste ausencia, debía tomar cartas en los asuntos pendientes y cotidianos como pagar los servicios, ir por su pensión cada mes, comprar comida enlatada y leer los periódicos atrasados. Le dolía su soledad pero por orgullo no había de hacerlo público.

Por lo mismo hubo de dejar de ir a la jugada (póquer) para evitar escuchar el: ¿Cómo te sientes? Pobre Barbarita tan buena que era; y el penoso, ¿Estás durmiendo bien, Fernando? Esto le sonaba a reclamo de campanas para su conciencia. Sólo habían tenido un hijo, Luisito, que nació con un problema de asma que ningún médico pudo remediar y esa fue la razón por la que partió de este mundo sin conocer sus defectos y dolencias.

De pronto su vida dio un giro brusco e inesperado, ellas llegaron silenciosas e invadieron la lavandería.



La señora que le hacía un aseo por semana le comentó: -Ésas vienen y van por toda la colonia, solas vienen y solas se van. Pero no fue así, permanecieron el verano e incluso llegaron vivas al invierno.

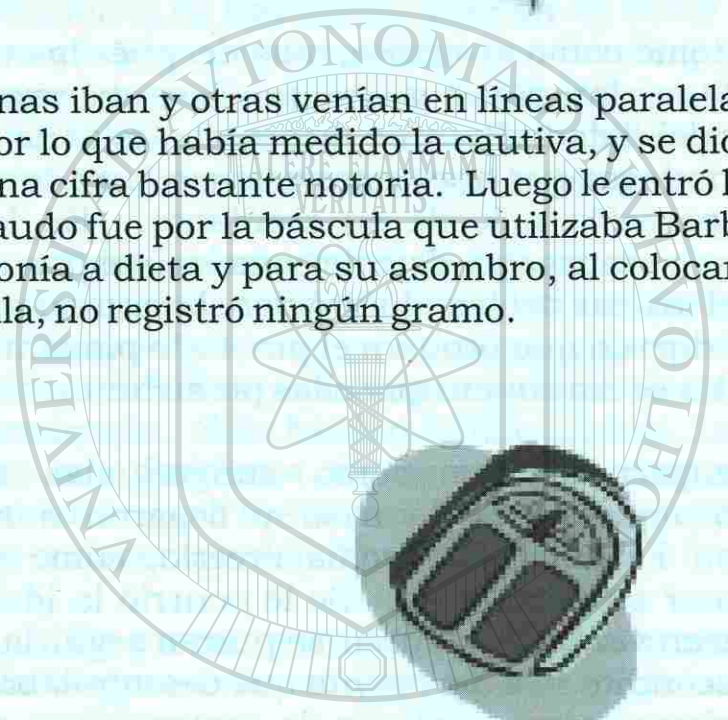
Primero lo tomó como diversión, mas después las vio como testigos de su intimidad y se dijo: -Las observaré hasta dar con su debilidad. Pasaron meses y la visita no se iba. Comenzó a indagar qué hacían los vecinos, pero éstos le dijeron algo parecido a lo de su ayudante. En las mañanas las miraba intrigado; dejó de consumir el pan de dulce e incluso el azúcar del bote lo tiró por el resumidero. En el mercado le dijeron que probara el pinol o la pimienta, después de usarlos se dio cuenta que ellas persistían.

Pronto comprendió que como sanguijuelas se metieron a otros cuartos de la casa y llegaron a su habitación. Don Fernando no podía creerlo, cómo se atrevían a profanar su dormitorio. Se le ocurrió la idea, una mañana que en vez de desayunar se puso a seguirlas, de localizar su escondite. Se dio cuenta que deambulaban con destreza y ritmo; como profesor de matemáticas se sintió atraído por atrapar una y medirla.

La cifra era insignificante, pero con avidez tiró la cinta al suelo para calcular cuántas eran; después de medir la larga fila de ida, multiplicó por dos, porque



unas iban y otras venían en líneas paralelas, y en seguida, por lo que había medido la cautiva, y se dio cuenta que era una cifra bastante notoria. Luego le entró la duda del peso; rauda fue por la báscula que utilizaba Barbarita cuando se ponía a dieta y para su asombro, al colocar un ejemplar en ella, no registró ningún gramo.



Habiendo hecho estos descubrimientos se bañó de prisa y buscó a Julio, vecino suyo, para dárselos a conocer. Julio le dijo que no le parecía importante sus

investigaciones y que no había bicho resistente al ácido bórico. Don Fernando, ya enajenado volvió a su casa para observar varios ejemplares en la báscula, pero en la medida que las ponía, ellas bajaban con una facilidad extrema.

Salió al patio y recogió una hoja del montón que había en la basura y sobre ella, montó todas las que pudo atrapar.



Después hizo las operaciones pertinentes: rebajó el peso de la hoja, dividió entre las treinta y dos que había atrapado y habiendo obtenido el peso de un ejemplar lo multiplicó por las que conformaban las filas paralelas y llegó al peso real. Satisfecho de sus acciones, por la noche fue al café donde jugaba póquer con oíros jubilados y comentó sus actos.



Los compañeros le oyeron con una respetuosa atención y le invitaron a jugar, pero él se disculpó y volvió a su casa.

Esa noche, don Fernando durmió bien. Otro día se levantó temprano y decidió ya no poner atención en las inmigrantes; después de tomar un relajante baño y un ligero desayuno decidió ir a la farmacia a comprar el ácido bórico. Ya no quería pensar más en las intrusas y se dijo: - Lo tendré preparado y lo usaré en su momento.

Caminó por el centro, cuando sintió hambre entró a un restaurante y después de comer buscó una tienda para comprar un salero.



Cuando llegó a su casa vació el ácido bórico en el salero y lo dejó sobre la mesa. Sus pequeñas exploradoras no volvieron esa noche ni otro día. Pensó que a lo mejor habían intuido el peligro. Ya habían pasado semanas para cuando don Fernando se convenció de que ellas no volverían y empezó a sentirse indispuesto sin conocer la razón de su mal. No quiso acudir al médico y fue dejando la vida poco a poco.

Fue la señora que le hacía el aseo semanal la que lo encontró en la cocina, tirado en el suelo y cubierto totalmente su cuerpo de hormigas. La mujer exclamó: - ¡Pero qué han hecho, montoneras! Qué lejos estaba de saber lo que pasó y de lo que le esperaba a ella dada la ineptitud policiaca.



EL PATIO

Sentado en aquella mecedora, el abuelo disfrutaba del suave viento matutino, leía los diarios locales y tomaba su taza de café negro y sin azúcar. Su paz se veía acariciada por el aroma de un viejo jazmín que aún floreaba y la cercanía de su querido y fiel guardián: el "Trote".

Desde su esperada y escatimada jubilación, había tomado ese espacio para pensar, recordar y saborear los días felices antes de su viudez. Cuánto lamentó la muerte de su esposa, su comprensión, su presencia siempre oportuna, y sobre todo, la paciencia con que lo atendía en los momentos de desconcierto o de enfermedad.



Ahora sin más compañía que la del "Trote" y una vecina que acudía a realizar la limpieza y la comida cada

tercer día, lo único que rompía su soledad eran las llamadas del nieto consentido: Tomasín. Éstas se iban a espaciar porque su hijo Federico se había quejado de la cuenta telefónica y al parecer iba a ocupar medio servicio: sólo recepción de llamadas.



Trataba de sonreír cuando la vecina le decía no sin cariño: -No me gusta que esté tantas horas solo en el patio, don Samuel. A lo que él respondía en silencio:- cómo si dentro de la casa no lo estuviera.



En el patio escuchaba las urracas, le gustaba su largo plumaje, tan largo y fino, que a veces por la luz solar, adquiría tonos azulados, cuando no tornasolados. En ese pedazo del mundo se sentía a sus anchas; también caminaba a su alrededor contando el tiempo, porque el médico le había recomendado la caminata contra sus dolores reumáticos.

Súbitamente su solar se vio invadido por inoportunas pláticas de su hijo el mayor, éste había contraído fuertes deudas debido a los grandes gastos que ameritaban los estudios de sus hijos, quienes los hacían en el extranjero. Su departamento y la casa que le dieron al casarse, donde ahora estaban sus oficinas, permanecían hipotecadas, y los graves intereses no permitían reducir el capital prestado. Don Samuel no era tonto, sabía perfectamente lo que el hijo quería y no podía decirle. Pero la nuera sí se atrevió y se lo soltó muy claro: -Si usted aceptara irse a vivir con nosotros, nuestros problemas se solucionarían, podríamos vender

este caserón y que mis hijos mayores terminen sus carreras.

En silencio, él contestó que no, les dijo que cuando se casaron ya habían recibido ayuda, que aquí podían ser educados sus nietos, que cuántas veces hicieron viajes de paseo y jamás los invitaron, que su esposa murió sin saber del cariño de sus nietos porque nunca habían terminado su carrera; que en sus tiempos, se recibía el profesionista y se ponía a trabajar, no entendía porqué ahora, de un estudio seguía otro, y otro, y otro, y ¿entonces, cuándo iban a trabajar y a recompensar a sus padres, sus amorosos sacrificios?, y además, él no podía dejar su "Trote", sus urracas, su jazmín, sus periódicos, su café, su mecedora, su viento, el recuerdo de su esposa, en una palabra: su patio.



Pero como el silencio otorga, la nuera contó a su marido: -Ya hablé con el viejo, no dijo que no, así que pídele las escrituras-. En una semana el hombre perdió no sólo el patio, sino toda su morada y fue a dar al cuarto de visitas. Cuando reclamó su intimidad, le dijeron que esas eran chocheces y ya se le pasarían.

El único bien que encontró allí fue a Tomasín, pero como iba a la escuela, hacía tareas y salía a jugar con otro vecinito, también lo veía poco. La nuera le asignó la lavandería como sustituto de su patio: un cuartito donde el ruido de la lavadora y la secadora no permitían concentrarse en algo.

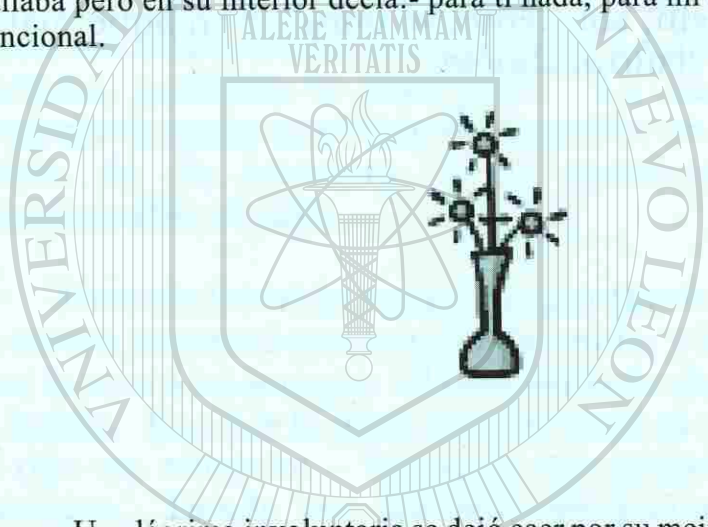
Una vez llamó la vecina preguntando por don Samuel, la nuera contestó que estaba dormido, y lo dijo fuerte para que lo oyera su suegro: -Hasta sentado duerme, por eso no le hablo. Esa fue la gota que derramó el vaso, don Samuel le dijo en silencio: -Dormido me quieren ver pero para siempre. Desde ese día se negó a comer. Ni siquiera cuando Tomasín le propuso: -Si no quieres que te vean los demás, yo me traigo la comida y comemos nomás tú y yo; él no quiso aceptar.

El ayuno duró nueve días, el cuerpo del hombre protestó y fue llevado al hospital; de allí salió con los pies por delante. El que más lloró fue Tomasín quien adoptó una mirada furibunda cuando veía a sus padres.

Cuando volvieron sus hermanos, para entonces casados, cuatro años más tarde, Tomasín les dijo: -Nada quiero tanto en la vida como recuperar la casa de mis abuelos, por ello no quiero estudiar, sino trabajar todas las horas del día. El hermano mayor captando lo que realmente quería decir el adolescente, le respondió: -Lo sé, y eso será muy pronto porque se la debemos al abuelo, ¿verdad? Y Tomasín, sonriente, se imaginó en aquel patio donde alguna vez visitó al abuelo.

Paulina

Todo estaba ya en el camión de mudanzas, sin saber la razón antes de cerrar la puerta Paulina quiso recorrer aquella casa donde pasó cerca de treinta años. Cada rincón le recordaba las veces que lo limpió y las veces que quiso llenarlo; cuántas veces discutió con Felipe, cuántas veces le escuchó decir: -Pero qué tiene, mujer, que un rincón no tenga nada; y ella por no empezar la pelea, se callaba pero en su interior decía: - para ti nada, para mí es espacio decorativo y funcional.

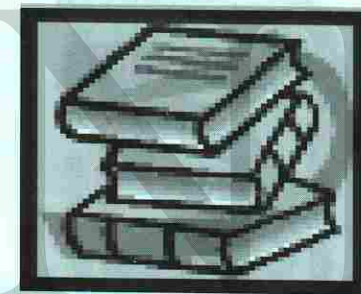


Una lágrima involuntaria se dejó caer por su mejilla cuando a través de la ventana divisó la julieta colgada en la barda del patio; qué solitaria le pareció porque el romance ya se había secado y ahora ya no quería llevársela, para qué, en el asilo le habían dado una habitación reducida y eso porque con la pensión de su esposo podía pagarla al menos durante diez años.

Fue la mejor solución que le ofrecieron sus amados hijos. El mayor, Alejandro, había sido muy claro: -En esta casa te pierdes, lo mejor es que la vendas y nos heredes en vida; los domingos todos iremos a verte, tenlo por seguro. Al escucharlo ella sonrió con ironía al pensar que nada es seguro en la vida, pero no quiso oponerse. Al principio sentía temor al cambio; en su casa pese a los repelos de su marido, ella llevaba la batuta cuando menos en lo

concerniente a la casa y labores hogareñas. Felipe había sido un buen padre y un buen marido, sólo que con frecuencia le daba contra probablemente para hacer notar que él era quien mantenía el barco a flote.

Cuando Alejandro le ofreció que todos irían los domingos se refería a sus hermanos Juan y Andrés. Éstos habían estudiado lejos del país y en realidad tenían años de no visitar a sus padres; Paulina pensó que en todos se refería a sus nietos y a su nuera. Ella no quiso dudarle, pero intuía que no sería agradable para ellos ir a un lugar de reposo donde sólo había ancianos; sus nietos eran tan pequeños. Paulina pensó que más tarde hallaría un pretexto para pedirles que no le llevaran a los niños. Claro que quería verlos, acariciarlos, ahora que ya no podía hacerlo el abuelo, pero intuía que algún día esos niños harían lo mismo con sus padres si advertían que la habían confinado en una casa poco menos que una cárcel.

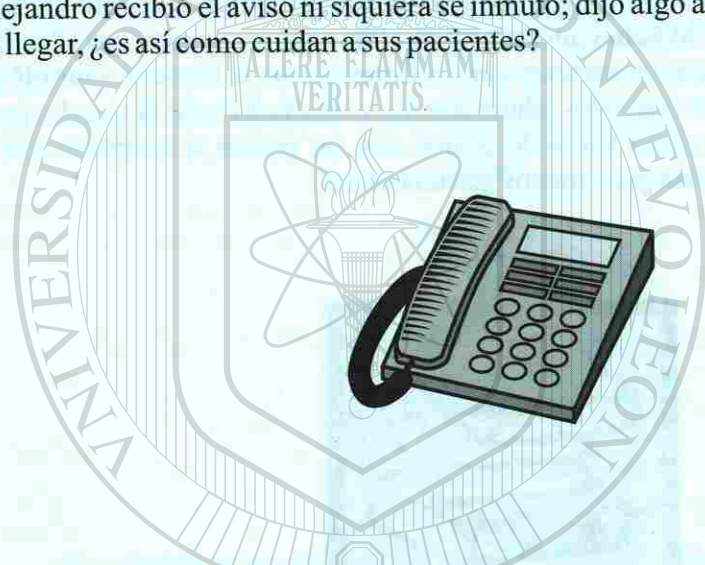


La viudez y la pérdida de su casa vino a incrementar su tristeza que ya en el vestíbulo de la vejez sentía; ahora estaban lejos de su presencia y su poder los años felices de la juventud en que la mente volaba y el cuerpo respondía. En su habitación acomodó los pocos muebles que le permitieron llevar y los recursos personales invaluable: dos cosméticos, dos cepillos, dos trajes, dos batas, dos

DE BIBLIOTECAS

frascos y dos libros. Contándolos llegó a una encrucijada: iría a permanecer allí dos días, dos semanas, dos meses o dos años.

A la hora que la llamaron para cenar, como no contestó, la encargada entró hasta la puerta del baño; tocó dos o tres veces y preguntó lo acostumbrado: ¿Se encuentra bien, Paulina? Nadie contestó. La mujer salió nerviosa a pedir ayuda. Todo fue inútil. Paulina se negó a vivir sin su marido y fuera de su casa. Cuando Alejandro recibió el aviso ni siquiera se inmutó; dijo algo así como: -Pero si acababa de llegar, ¿es así como cuidan a sus pacientes?



Del otro lado de la línea telefónica se escuchó una voz alterada y desconcertante: -¡Aquí es un asilo, no una clínica!

La pensión

Como la hermosa Penélope, ella tejía pero a la inversa: de noche tejía y destejía en el día. Primero la citaron cada mes para informarle cómo iban las gestiones; después cada dos y finalmente cada tres. La resolución llegó a los dos años cuando ella perdió la luz de sus ojos. Fue negativa pero a quién le importa. El estambre se agotó y Ulises ya había muerto.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Perdóname la vida

Ya no recordaba Octavio el día en que se le incrustó como sanguijuela la espina del odio contra Isela, pero desde entonces dejó de verla y tratarla como amiga. En lo que no tenía la menor duda era el motivo que nació de pronto como cuando se levanta alguien una mañana con un grano sobre el rostro y se pregunta cómo se formó mientras se dormía plácidamente.



Había pasado con ella muchos momentos de sana alegría como compañeros en el colegio bilingüe; ambos tenían facilidad para el inglés y celebraban sus buenas calificaciones; cómo los hacía reír Julio con su defectuosa pronunciación y aún peores traducciones. Los

tres se llevaban bien sobre todo los fines de semana que se iban a los bailes.

Octavio no manejaba; era Julio quien pasaba por ellos y los regresaba a sus casas. Siempre fue buen conductor y un día que Isela manifestó su deseo de aprender a manejar, de inmediato se ofreció a enseñarla. Sólo fue una semana la que se fueron a una colonia nueva al poniente de la ciudad para que Isela practicara y ella quedó lista para sacar su licencia.



Los estudios superiores los separaron al elegir diferentes carreras. De todos modos se veían dos o tres veces por semana. Los jóvenes valoraban la amistad y escondían sus intenciones acordes a los sentimientos que Isela les inspiraba. Ella se mostraba alegre, amistosa y se cuidaba a su vez para no mostrar preferencia por alguno.

Poco más de dos años sobrevivieron con su táctica cada uno de ellos hasta que Octavio se encontró con un vecino de Isela y le platicó que Julio la visitaba con frecuencia. Octavio pensó que se le caía el mundo entero y su primer pensamiento fue vengarse de lo que consideraba una traición. Por semanas no se comunicó con ellos planeando algo que les doliera.

Cuando se atrevió a dar la cara fue porque quiso hablar con Isela pero ella le contó que había rechazado a Julio. No iba preparado para eso. Por decir algo, preguntó: ¿Y entonces, con quién andas?. Isela respondió:- Eso a ti no te concierne.

Octavio salió peor de cómo había llegado. Ahora no sabía porqué ella había rechazado a Julio. Tampoco había quedado tan bien parado como para volver a casa de Isela. El tiempo pasó y Octavio no dejaba de amar a Isela, pero el orgullo no le permitía buscar una aclaración con Julio. Ese era el motivo por el cual comenzó a odiarla. Si Isela lo prefería sobre Julio, ella debió insinuarlo, llamarlo, decirlo abiertamente; cierto que como mujer ella no podía dar el primer paso para no parecer una buscona, pero era inteligente y debió encontrar un medio adecuado para facilitar un encuentro con él a solas, sin la presencia de Julio.

Con estos razonamientos Octavio se fue llenando de rencor contra Isela al grado de que cuando alguien hacía

algún comentario sobre ella, él sólo respondía: -Tengo tiempo de no verla, desde que estuvo enferma, con tanto trabajo y tareas, ya sabes.

Fue un año después cuando Octavio se enteró por un hermano de Isela que se encontró casualmente, de que ella se iba al extranjero para perfeccionar el inglés. Octavio le objetó que aquí había muy buenas escuelas, pero el joven le dijo una frase que a él le pareció cabalística: -Ya ves como son las mujeres, se van a buscar en otra parte lo que no encuentran aquí.



Como un rayo Octavio se metió a una tienda de autoservicio y localizó un teléfono público; tembloroso marcó el número nunca olvidado. Respondió una hermana de Isela que le dijo que no sabía si estaba y le

pidió que no colgara. Cuando escuchó la voz de Isela de sopetón le dijo: -Me dicen que te vas, no quiero que te vayas, necesitamos hablar...Ella le contestó en tono airado:- No sé de qué, hace más de un año que no nos vemos. _Por favor, insistió Octavio, es necesario, si te vas me condenas a muerte. Ella algo nerviosa babuceó:-No te creo, has vivido sin mi amistad perfectamente. Octavio, a punto de desmayar le dijo:-Es que no quiero tu amistad, te quiero para toda la vida; Isela, perdóname la vida. Ella murmuró un está bien o un te espero, la pobre ya no se acuerda, pero le perdonó la vida a Octavio.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

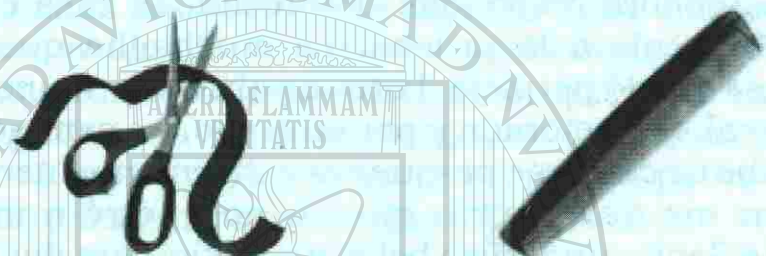
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Sábado de maldad

Tuvo que repetir el mensaje, pues la señora por el ruido de la secadora no podía escucharla con claridad :- Que no viene la señorita Enriqueta porque le sacaron una muela. La señora respondió: -Pobrecita, se casa en ocho días y hoy venía a la prueba. La muchacha que dio el mensaje se quedó perpleja. Porque pobretear a una mujer que se casaba enamorada y por su gusto, en cambio yo, se decía, hube de casarme porque era conveniente, necesario, con quien me quiere pero que yo no querré nunca. Se trataba de Senia, una joven bella que ni siquiera divisaba la felicidad de tener un hijo, ya que su esposo no quería tenerlos. No le faltaba nada en lo material, su esposo le daba más de lo necesario, sin embargo, ella lo convenció de que la dejara trabajar en esa estética porque se aburría sola en la casa; además ella de cortar el cabello a sus hermanos pequeños había adquirido la habilidad y lo hacía bien.

Ese día era sábado y por ello había más clientes. El clima no daba abasto. Senia estaba malhumorada y una de las clientes más asiduas, Margarita, la solicitó para que la atendiera. Apenas le lavó el cabello y Margarita le dijo: - ¿Qué te pasa, Senia, estás de malas? Ella se mordió el labio inferior, sabía que a la señora le gustaba que se portaran amablemente con las clientes. No halló qué contestar. Margarita insistió:-¿Algún problema con

tu esposo o con la señora? No, no, cómo cree; en realidad es conmigo-dijo Senia, procurando esbozar una sonrisa y moviendo con mayor agilidad sus manos, ocupada una con las tijeras y otra con el peine.



Margarita la observó por el espejo. Senia era joven y bonita pero algo guardaba en su interior que reflejaba cierta molestia. Pensó que a lo mejor no estaba a gusto por el bajo sueldo o poca propina que recibía; aunque casi todas las clientes sabían que no trabajaba por necesidades económicas. Ya no insistió porque comprendió que no quería dialogar. Cuando terminó, Senia fue al baño y mirándose al espejo leyó lo que pasaba por su mente: Si supieran que mi esposo me aburre y que daría cualquier cosa por una aventura. Se asustó por ese pensamiento y se lavó la cara con coraje. Tocaron en la puerta al mismo tiempo que oyó que le decían: Senia, tienes llamada.

DIRECCIÓN GENERAL

Senia salió de la estética casi volando; su esposo había sido secuestrado y pedían rescate; ella estaba casi trastornada; era él quien manejaba lo contable, ella sólo tenía una cuenta de débito con la cual satisfacía algunos caprichos femeninos. Lo primero que se le ocurrió fue dar parte a la policía pero la habían amenazado con matarlo si lo hacía. Se fue directamente a su casa; ni siquiera se había quitado la bata de trabajo; se extrañó tanto y al preguntarse por qué, se dio cuenta que su esposo sí le importaba.



Fueron horas de angustia las que hubo de esperar a que la llamaran por teléfono. Casi al oscurecer de ese día sonó el aparato, en seguida lo levantó, estaba allí sentada desde que llegó. A su ¡Bueno! respondió una voz aguardientada: siga las instrucciones y no se quiera pasar de lista. Ella hizo todo lo que le ordenaron y para el lunes a mediodía había juntado la cantidad pedida. Acudió por la tarde a la hora y lugar indicados, dejó el

portafolio en una cabina telefónica y llorosa esperó en la cafetería de la esquina; le habían anunciado que si todo salía como estaba planeado en media hora le devolverían a su marido.

Después de más de una hora en que la depresión la hizo su presa, en que tan presto veía regresar a Tomás golpeado, aturdido, venir hacia ella con lágrimas en su rostro, como la llamaba desde la puerta emocionado y con una sonrisa diciendo: Todo ha terminado; consultó su reloj y se lastimó con ideas de muerte. Entonces pensó dar aviso a la policía, pero no lo hizo; de él o de ellos no sabía nada, sólo la llamada hecha por un hombre, no había testigos, en la estética se reportó enferma, para acudir al banco. El sábado de maldad, así lo llamaba ella, dijo que una amiga la necesitaba con urgencia, para poder retirarse del trabajo.



Aún esperó una hora más; cada vez la incertidumbre dejaba paso a la certeza de que su esposo no volvería nunca. Sin darse cuenta invocó a los santos, ángeles y demás hasta llegar al Todopoderoso. Se obligaba a no quejarse del aburrimiento, que jamás iba a desear una aventura, pero que esta pesadilla terminara.



¿Quiere más café?, oyó que le decían, y con la mano señaló que no. No sabía cuántas tazas llevaba ya ingeridas. En eso alguien le tocó el hombro; un escalofrío recorrió su cuerpo entero; volteó enajenada y ahí estaba él: un poco demacrado, desvelado, desaseado. Lo revisó de pies a cabeza, estaba completo, se paró y lo abrazó entre sollozos. Él le dijo: -Ya, ya mujer, todo terminó.

La caminata

Llevaba más de diez horas de camino, ya había cruzado "Los Morales", aún faltaban dos haciendas más y el día se acababa. De vez en cuando sacaba su pañuelo para limpiarse las gotas de sudor que se escondían en los surcos recientes de su rostro. No llevaba reloj; los hombres de campo se guían por las luces del día y de la noche y también por los trinos de las pájaros y los cantos de los grillos.

Sentía hambre pero no había probado alimento; lo que quería era avanzar y avanzar, llegar antes del amanecer, era preciso, lo sabía muy bien. Sus manos crispadas apretaban cada una el objeto que llevaban: la derecha el bastón, y la izquierda su morral. La mitad del camino lo había llevado a la espalda, pero luego lo tomó en su mano porque intuyó que así era más seguro.



En los grandes solares recorridos el astro rey había sido implacable; no le importaba, el asunto que lo llevaba no permitía espera ni demora. En un tramo descansó del calor porque se nubló un poco, e incluso, hubo de mojarse porque una nube soltó su carga, la recibió con alegría, casi con gozo, pero estuvo a punto de rezar para que no arreciara, porque eso significaría un gran obstáculo.

Todavía le faltaban tres kilómetros cuando sintió la debilidad de sus piernas con mayor crudeza y los estragos del hambre en su sistema, entonces se detuvo con coraje y buscó una piedra para sentarse. Allí, a la intemperie, abrió el morral y sacó un pequeño envoltorio con unos tacos sudados y fríos que comió con cierta prisa; bebió la botella de agua y no la tiró porque pensó en llenarla si encontraba una llave en el camino.

Se levantó de un jalón, de inmediato se dejó caer, sus piernas ya no daban más y sintió un dolor creciente que le llegaba hasta los huesos. Su voluntad era llegar, y llegar a tiempo. Por primera vez desde que dejó de ser niño, sintió deseos de llorar. El compromiso era muy fuerte, pero también la odisea realizada lo había extenuado.

Calculó que allí se estuvo como una hora; no podía esperar más, con aspereza y con esperanza masajeó sus piernas y se levantó resuelto, tenía que llegar a su destino, le faltaba menos de media hora. Rodeó la hacienda de "Los Villanda" por el sendero oculto para ahorrar tiempo y cuando divisó luz en "La escondida" se sintió aliviado.

Al llegar a la puerta levantó el bastón para tocar pero ésta se abrió con el puro roce. Entró de golpe pero observando todo con cautela. En el recibidor no había nadie, escuchó voces que venían del comedor y el sonido lejano de una guitarra.



Decidido se acercó al comedor, y sí, allí estaba Juan, su hijo, que quería casarse con Antonia, su hija y también de doña Luisa, la esposa del patrón.

Todos lo miraron con recelo, su presencia no había sido anunciada y su facha de bandolero inspiraba desconfianza. El patrón lo llamó por su nombre y le preguntó que si no estaba de acuerdo en que los jóvenes se casaran lo dijera, pero que de todas formas se casarían. Cada palabra del patrón taladraba su alma: -Yo sé Evaristo, que te opones porque crees que como trabajaste para mí, tu hijo pudiera ser discriminado en esta casa, pero no, los muchachos se quieren y yo no quiero más que la felicidad de mi hija, por lo cual hasta seré padrino de la boda, ¿verdad Luisita? dijo sonriendo y volteándose a mirar a su esposa. Ésta estaba pálida y demacrada y permaneció callada.

El padre de Juan pidió permiso para hablar con el patrón a solas, éste accedió pero le hizo ver que lo que le dijera no iba a cambiar las cosas. Apenas acabó de hablar el caminante, el patrón sacó del escritorio su

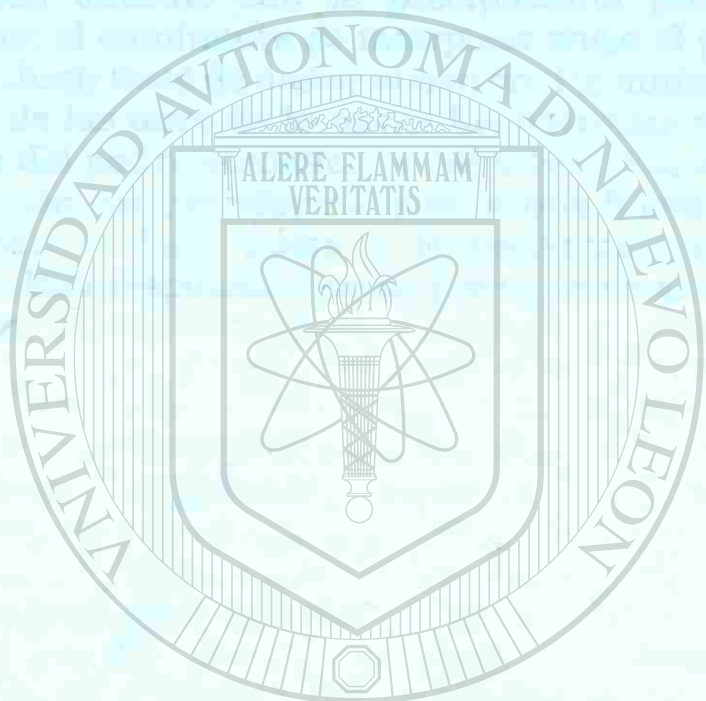


arma y fue en busca de su esposa para castigar su infidelidad.

Todo sucedió con la precipitación propia de las tragedias; el caminante se interpuso entre el patrón y su esposa, Juan trató de matar al patrón, las mujeres lloraron y al filo de las once de la noche las patrullas recogían los cuerpos del padre verdadero y del falso. Por su parte los jóvenes, sin comprender nada de lo que había pasado, se abrazaban a doña Luisa y le preguntaban si podían casarse. Ella respondió que sí, pero que no se lo dijeran a su padre.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA



La evolución de los sentimientos, la realidad contrastada con las apariencias y el peso del rigor socioeconómico son las constantes motivadoras que llenan el contenido de esta nueva obra de la investigadora y crítica González.

El adiós, la ruptura, el amor y la muerte están presentes en los poemas porque de esos momentos está hecha la vida; como poeta capta lo universal de lo literario y lo expresa con su estilo sencillo, propio de quien desea llegar a muchos lectores, pero dentro de esa sencillez aflora el amor a las letras, como un grito de quien no quiere que se acaben las palabras.

La vida está hecha de decisiones y elecciones, pero en esta obra se ofrecen recursos para tomarlas con entereza, desprendimiento y perdón.

Leer esta obra puede dejarnos un sabor distinto pero cabalmente involucrados en el mundo caótico de hoy, del cual quisiéramos salir, y a la vez no queremos.

